

RAZA DOMINANTE

peter kapra

PETER KAPRA

RAZA DOMINANTE

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Primera edición: Diciembre 1972

Depósito Legal: B. 42.782 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

El brusco descubrimiento de una civilización más avanzada que la nuestra podría tener el efecto de un cataclismo para nuestra sociedad.

(Prof. Harold Laswell, de la Universidad de Yale.)

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Es bonito este lugar, Sax! —exclamó la Turbadora e inquietante Jill O'Leary, cuyo cuerpo escultural se movió incitante sobre la esterilla de paja, al volver el rostro hacia su compañero, tendido junto a ella, en aquella playa solitaria.

—¿Verdad que sí? Me lo recomendó un amigo de la oficina... Él descubrió el modo de descender hasta aquí.

—Sí, arriesgando la vida entre esas rocas... — Jill sonrió y señaló lo alto del acantilado, donde se veía la parte delantera del «Triumph» propiedad de Saxon Harrison—. Pero ya es difícil hallar un lugar solitario en este viejo mundo en que vivimos.

—Muy difícil, Jill — replicó él, bostezando ampliamente—. ¿Y si nos damos otro baño? Cuando se ponga el sol, hará fresco.

—Prefiero quedarme aquí... Y hablar contigo, Sax.

—Soy hombre de pocas palabras.

Saxon Harrison se volvió y miró a su bronceada compañera a través de las gafas ahumadas.

—No hace falta que lo jures, Sax —repuso ella—. ¿Para qué hemos venido a Nordwijk aan Zee?

—Necesitaba descansar unos días — contestó él, alargando la mano para tomar el paquete de cigarrillos que había junto al transistor—. Me lo recomendó mi jefe. Y te invité para no encontrarme solo.

—¿No es un poco egoísta por tu parte?

—¿Egoísta? ¿Por qué había de serlo? Creo que a ti tampoco te viene mal una semana de ocio. Los psiquíatras aseguran que...

Ella se incorporó, con una maravillosa sonrisa en sus provocativos labios.

—Déjate de psiquíatras, Sax. Nos conocemos lo suficiente para

saber que sólo nosotros somos los mejores médicos de nosotros mismos. No sé todavía lo que siento por ti, pero cada vez que me llamas, me las compongo para dejarlo todo y acudir a tu llamada. Si no fuera por temor a parecerte cursi, diría que estoy enamorada de ti.

—¡Oh, querida! —exclamó él sonriendo—. Eso es muy halagador para un tipo tan poco sentimental como yo. El amor suena en estos tiempos como algo primitivo y raro.

—¡Pero mucha gente se casa! —exclamó Jill, con un gesto de hastío.

—Y también hay mucha gente que se suicida... ¡Perdona, querida! No he querido molestarte. La verdad, no te imagino de ama de casa, con utensilios de cocina, delantal y cinco o seis niños poniendo la vivienda patas arriba...

—¡Si todos pensaran igual se terminaría la Humanidad!

—¡Oh, no temas, querida! — exclamó él encendiendo su cigarrillo—. No todos piensan de la misma manera... ¡El número de los irresponsables es enorme!

Jill O'Leary no pudo ocultar una expresión de desencanto.

—Alto principio filosófico para un periodista de poca categoría —repuso la joven con enojo—. La verdad. Sax, el día menos pensado me olvidaré de que me gustas, cerraré los ojos y me casaré con algunos de mis admiradores... ¡Y los hay muy bien acomodados!

—Harás muy bien, Jill. ¿No se rumoreó que ibas a casarte con Paul Jansky?

—¡Bah! Chismes publicitarios. Tú conoces bien eso, Sax. Lo mismo dijeron cuando rodábamos «The Great Defeat», con Jack Gaiano, en las Islas Canarias... ¡El buen Jackie es narcisista! ¿Me das un cigarrillo encendido?

—¡Oh, sí! Fue una gran película, querida. Gaiano es un magnífico submarinista... de piscina.

Parecía como si Saxon Harrison quisiera cambiar de conversación, aprovechando la oportunidad que le brindó Jill.

—¿No estuviste a punto de morir ahogada? — continuó.

—¿Yo? ¡Qué tontería, Sax! Deberías saber que todo es cuento en el cine. Se le ocurrió al «manager» durante el rodaje. No fue más que un pequeño accidente, mientras rodaban los exteriores. Me caí de una roca con el equipo de inmersión. ¿Por qué has cambiado la conversación?

Saxon dio el cigarrillo a Jill y se tendió sobre la estera, mirando el inmenso cielo estival.

—¿Quieres seguir hablando de un hogar, niños y todo ese lastre?

La actriz aspiró el humo aromático, dejó vagar su mirada sobre la superficie del mar, que se extendía delante de ellos, azul y espumeante, y luego forzó una sonrisa.

—Muchas veces pienso que vivo artificialmente… Pero no importa. Olvídalo, Sax. Soy una chica de escaparate, bonita por fuera y vacía por dentro.

Saxon alargó la mano, asió a Jill de la muñeca y la atrajo hacia sí. Antes de unir sus labios, él musitó:

—Si alguna vez pienso en casarme contigo, tendré que confesarte algo que te sorprenderá.

—¡De ti no me sorprende nada, Sax! Ni siquiera tus ausencias. Ni hace falta que me cuentes los amores que has tenido. Todo eso queda para el recuerdo. Cuando un hombre y una mujer deciden probar suerte juntos en la vida, han de partir de cero y correr juntos el riesgo de un fracaso.

Se besaron. Ella lo hizo con avidez; él, sin entusiasmo, con reserva. Después, muy juntos los rostros, mirándose a los ojos, él musitó:

—Te habría pedido en matrimonio si no tuviera una obligación muy importante.

Jill O'Leary pareció alarmarse.

—¿Estás casado ya?

—¡Oh, no! Mi compromiso es con mi trabajo. No soy un periodista como tú supones. La mayoría de mis artículos los escribe otro. Pero no puedo hablarte de eso. Soy una especie de funcionario del Gobierno y me está prohibido hablar con nadie de ello.

Saxon Harrison era un hombre musculoso, bien parecido, de cabellos dorados y largos, rostro rasurado, juvenil, ojos claros y mentón firme. Parecía haber practicado deportes, dada la constitución de su cuerpo moreno, que revelaba más al atleta y al luchador que al periodista.

—Yo tampoco soy una estrella, como la gente supone —repuso Jill suspirando hondamente—. Y, sin embargo, va he hecho seis películas. Me cuesta horrores expresar gestos dramáticos en los primeros planos… ¿Qué miras?

Saxon Harrison se había puesto bruscamente en pie y su mirada estaba fija en algo que había visto en el cielo.

—¡Oh! ¡Ha caído al mar!

Jill se volvió a tiempo de ver un géiser de espuma alzarse al aire, a unas seis u ocho millas de la costa.

—¿Qué ha sido? —preguntó.

—No lo sé... Algo brillante... Ha surgido del cielo, casi sobre nosotros... Ha sido cuestión de segundos... ¡Pero hemos debido escuchar algo!

Con el ruido de las olas, el posible ruido del objeto caído al mar quedó amortiguado para la pareja.

—¡No hacía ruido! Era algo así como... un meteoro o un pecio espacial. No he podido distinguirlo. Ha caído como un rayo.

Ahora, Saxon se había levantado y caminaba con paso elástico sobre la arena, hacia el borde del agua, donde llegaban las olas, ya lisas, a besar la arena fina.

Jill O'Leary le siguió, mostrando al Mar del Norte toda su belleza de su figura femenina.

—¿Qué observas con tanto interés, Sax? —preguntó ella, acercándose a él y tomándole del brazo.

—Me estoy preguntando qué ha podido ser... Es algo muy raro.

—¿No estarás pensando ir nadando hasta allí y sumergirte?

—¿Y por qué no? —inquirió él, volviéndose a mirarla, a través de sus gafas ahumadas.

—¡Qué tontería! ¡Rusos y americanos han cubierto el espacio exterior de restos de proyectiles! Lo único que puedes encontrar es un fragmento medio calcinado de un proyectil «Centauro»!

Saxon frunció el ceño y repuso:

—Los restos de un cohete o un meteoro procedente del cosmos habría hecho un ruido estridente al rozar las capas atmosféricas. Y eso no hizo ruido alguno. Además... ¡caía en velocidad de frenado!

—¿Eh, cómo?

—Estoy pensando en efectuar mañana una exploración submarina en esa zona. ¿Qué te parece? Las aguas aquí no son muy profundas.

—Si eso te sirve de distracción...

—Podemos alquilar una lancha en Nordwijk. Y tendrás ocasión de demostrarme que eres tan buena escafandrista como en la película «The Great Defeat».

* * *

A la mañana siguiente, con una mar bastante en calma, Saxon y Jill se embarcaron en una lancha de recreo, cuyo patrón, un hombre de la localidad, llamado Jom Borseleen, también había oído comentar la caída de un meteorito en el mar, a la misma hora en que lo vio la pareja inglesa.

—¿Y van ustedes a efectuar una inmersión con el objeto de encontrar el meteorito? — preguntó el holandés.

—Exactamente — replicó Saxon.

—Perderán el tiempo. El fondo está lleno de rocas. Ahora habrá una más.

—Tal vez no sea una roca —contestó Saxon, que estaba comprobando las escafandras" de inmersión sobre la cubierta de la lancha.

—¿Y qué otra cosa puede ser?

—Eso lo veremos después.

Jan Borseleen había sido contratado la víspera para realizar un paseo por mar y le daba igual dónde quisiera ir la pareja de turistas ingleses. Él había cobrado ya sus cinco libras esterlinas.

Así, dirigiendo la embarcación con habilidad, la sacó del puerto y costeó, siguiendo las instrucciones de Saxon. Una hora después se balanceaban ante el acantilado donde Saxon y Jill habían estado la tarde anterior.

—Ponga usted proa a alta mar... El objeto debió caer a unas cinco o seis millas.

—¿Está usted seguro?

—No, por supuesto. Pero bucearemos un poco por aquellos contornos. Tal vez veamos algo.

Lo primero que vieron fue numerosos peces muertos, flotando en el agua.

—¿Qué me dice de eso, patrón? —preguntó Saxon, excitado por el hallazgo.

—Nada. Es natural. Algo cayó del cielo. La violencia del choque reventó a los peces.

—¿Qué profundidad hay por aquí? —preguntó Jill, a su vez.

—No mucha. Veinte o treinta metros. Pero esos peces han podido ser arrastrados por la corriente. El hecho de que estén aquí no quiere decir que el choque del meteorito contra el agua se produjera en este sitio.

—He pensado en eso — respondió Saxon —. Y los vientos están en calma. La corriente aquí es débil y del suroeste. No nos cuesta nada seguir esa corriente bajo el agua, nadando en inmersión.

—¡Oh, por mi pueden hacer lo que quieran!

Sus permisos de escafandristas están en regla — contestó Berseleen—. ¿Quieren que eche aquí el ancla?

—Vaya un poco más allá —pidió Saxon, que estaba inclinado sobre la borda, mirando los peces muertos —. Puedes ponerte el equipo, Jill.

La actriz, que vestía una ligera prenda de ropa, se despojó de ella, quedando en «bikini». Borseleen la miró de reojo, bizqueando.

Poco después, cuando la lancha se detuvo y el patrón arrojó el ancla, los veraneantes ingleses, van ataviados con sus escafandras autónomas y las botellas de oxígeno a la espalda, se dispusieron a saltar.

—Inmersión de media hora, Jill — recomendó Saxon —. Y procura no separarte de mí.

—No soy una niña, Sax — advirtió ella.

—Lo sé. Pero no conocemos estas aguas. ¿Lista?

—Sí.

Saludaron al holandés con un gesto, se pusieron las boquillas y se dejaron caer de pie en las aguas, desapareciendo instantáneamente bajo las olas.

Jan Berseleen podía seguir, por las burbujas, el rastro cíe los cuerpos en inmersión. Satisfecho, encendió su añosa pipa y se acodó en la borda, mientras la lancha giraba lentamente sobre la cadena del ancla.

Bajo el agua, Saxon y Jill nadaron prudentemente hacia el fondo, consultando sus relojes de presión y profundidad. La visibilidad era buena, Aunque el fondo aparecía confuso y oscuro.

Alcanzaron las rocas a los pocos minutos. Saxon vio que se hallaban a treinta metros, lo que era tranquilizador, especialmente para Jill, que iba siguiendo su estela y revoloteaba alegremente alrededor suyo; ambos nadaban perfectamente en inmersión.

Jill asintió y empezaron a nadar en círculos, sin apresurarse. La flora submarina era allí abundante. Existían muchas rocas, cubiertas de pólipos y moluscos de todas clases. Vieron madréporas oscuras, anémonas marinas v numerosos peces que parecían asustarse de su presencia. Cangrejos y crustáceos se escondían rápidamente en sus agujeros, entre las rocas o en la arena fina que se veía de vez en cuando.

Sin embargo, no vieron nada que tuviese aspecto de pecio espacial. Todo cuanto desfilaba ante sus ojos tenía su origen bajo las aguas,

Jill, que iba provista de fusil de pesca submarina, disparó un arpón contra un pequeño escualo, ahuyentándolo, cuando Saxon ya extraía el puñal de la funda de su pierna.

A la media hora ascendieron a la superficie, emergiendo a escasa distancia de la lancha.

Will Borseleen les gritó desde la cubierta:

—¿Han encontrado algo, señores?

—Nada aún. Seguiremos buscando.

Realizaron dos inmersiones más, después de breves descansos. A

mediodía comieron alegremente en compañía del patrón, y por la tarde de- midieron hacer otras dos inmersiones, algo más lejos. Saxon había estado contemplando la costa tenía la impresión de que el géiser de espuma que produjo la caída del objeto espacial debió producirse algo más allá.

Pero también Jill se había hecho merecedora de su confianza. Y ella insistió en que la dejase explorar sola.

—Así podremos recorrer más superficie, Sax. No te preocupes por mí. Empieza a gustarme la búsqueda.

—O.K., querida —asintió él—. Pero consulta el reloj. Sólo excursiones de media hora.

Se zambulleron una vez más, y se separaron bajo el agua, iniciando Saxon la exploración de una zona y Jill nadando en dirección distinta. Antes de separarse, empero, se dieron la mano.

Saxon volvió a descubrir los mismos parajes de incursiones anteriores. Nada revelaba allí, bajo la superficie de las aguas, algo que no llevara siglos en su lugar. Ni pecio espacial, ni meteorito desprovisto de líquenes. Lo mismo en todas partes, el mismo silencio y una extraña ausencia de peces, cosa que no dejó de sorprender a Saxon.

Al fin, transcurrido el tiempo fijado, ascendió a la superficie, deteniéndose lo necesario para la descompresión, y emergió a menos de cien brazas de la lancha. Miró en torno suyo, buscando a Jill, y frunció el ceño al no verla.

Inmediatamente, Borseleen dirigió la lancha hacia él.

Como transcurrían unos minutos y Jill no aparecía por ninguna parte, la inquietud aumentó en la mente de Saxon, quien gritó al holandés:

—¿Dónde está la señorita O'Leary?

Borseleen sacudió la cabeza.

—¿No ha visto las burbujas?

Ahora, la inquietud se transformó en alarma. Saxon comprobó el estado de sus botellas de oxígeno y volvió á sumergirse inmediatamente, dirigiéndose hacia el lugar en que había visto desaparecer a Jill. Iba nervioso, arrepentido de haberse separado de ella. Temía que hubiera podido quedar enganchada en algo. Tal vez se le escapó la boquilla de aire...

Pero por mucho que buscó, sobrepasando los límites de la prudencia, no encontró ni rastro de la joven y bella actriz. Casi angustiado, cuando ya se le terminaba el aire, emergió algo precipitadamente. Y Borseleen, apoyado en la borda de la lancha, le miró con ojos muy abiertos e inquisitivos.

—¿No? —casi gritó Saxon.

—No... Lo siento... Le he ido siguiendo.

—¿No tiene otra botella de aire?

—No... El límite de permanencia bajo el agua de la señorita ha sido sobrepasado...

¡La aterradora verdad sacudió a Saxon Harrison!

¡Jill O'Leary sólo podía haber encontrado la muerte en las profundidades del mar!

CAPÍTULO II

Un oficial de la marina holandesa entró en el camarote de la lancha patrulla, donde se encontraba Saxon Harrison, tiritando y envuelto en una manta. El té caliente con brandy no había hecho reaccionar aún al inglés.

—¿Qué? —preguntó Saxon en tono anhelante.

El oficial sacudió negativamente la cabeza, con tristeza.

—Todavía nada. Y eso, aunque no es esperanzados nos desconcierta. Su cuerpo debería estar en alguna parte. Pero no hemos hallado nada. Los hombres rana seguirán buscando hasta encontrarla.

—¡Déjeme ir con ellos! —pidió Saxon.

—No. Lo siento. Usted ya ha hecho bastante. ¿Qué estaban buscando?

—¡Por Dios, capitán Suysst! ¡Ya se lo dije! ¡Lo que cayó del cielo!

—¿Cayó algo?

—Sí. Jan Borseleen también oyó a unos pescadores decir que había caído un meteorito.

El oficial holandés se sentó delante de Saxon, cuyo semblante expresaba la más profunda inquietud y preocupación.

—Una mujer no puede desaparecer bajo el agua del modo como ustedes cuentan que ocurrió. El mar ha estado en calma. No hay aquí corrientes fuertes... Yo sé que todo esto es muy desagradable para usted. Pero mi deber es profundizar en los hechos para redactar un informe... ¡Y la señorita O'Leary es demasiado conocida internacionalmente para actuar a la ligera en este asunto!

»¿Qué lazos existían entre usted y ella? ¿Por qué vinieron a Nordwijk de incógnito?

—¡Por el amor de Dios, capitán Suysst! Hace años que conozco a Jill. Somos más que buenos amigos. En el periódico me concedieron unos días de vacaciones, pregunté a Jill si quería acompañarme y, como no estaba haciendo nada importante, aceptó. Eso es todo. Y no hemos venido de incógnito.

—¡Todos los periodistas de Europa están llegando a Nordwijk! —exclamó el oficial—. Mis superiores me han ordenado llevarle a usted a Amsterdam. Ya se ha dado demasiado publicidad al hecho.

—¡Yo lo que deseo es que, al menos, encuentren el cuerpo de Jill! —casi gimió Saxon.

—Lo siento. Hay más de diez hombres ranas buscando en una amplia zona y le aseguro que no han hallado el menor rastro de la señorita O'Leary.

—¿Han encontrado lo que cayó del cielo?

—Tampoco. Nada. Lo siento, señor Harrison. Hay algo extraño en todo esto. Y tal vez nos veamos obligados a detenerle.

—¿A detenerme? ¿Qué quiere usted decir?

—Parece que alguien ha señalado la posibilidad de un homicidio bajo el agua.

—¡Pero...! ¡Oh, cielos, qué insensatez! ¿Cómo puede nadie imaginar algo tan estúpido? ¿Que yo iba a matar a Jill? ¡Es el disparate mayor que he escuchado jamás! ¡Yo amo a Jill, capitán Suysst, y me hubiera casado con ella de no haber sido por esas condenadas películas del diablo!

—¿Discutieron alguna vez?

—¡Déjeme en paz, se lo ruego, señor! —replicó Saxon en tono tajante —. No admito ni la más velada insinuación acerca de ese asunto. Soy súbdito británico y exijo protección de las autoridades consulares... ¡Ya es bastante penoso para mí haber perdido a Jill de este modo tan estúpido, para que ahora vengan ustedes con su horrible sospecha!

—Lo siento. Se ha abierto un sumario. Queda usted a disposición de las autoridades de marina holandesas. — El capitán Suysst se levantó —. No puede usted abandonar este camarote. Hay vigilancia en el exterior.

—¡Esto es abominable! ¡Presentaré una reclamación por vía diplomática!

—Tendrá usted ocasión de hablar con sus abogados cuando lleguemos a Amsterdam Todas sus pertenencias en el hotel de Nordwijk han sido requeridas por la policía...

Saxon comprendió bien pronto que el capitán Suysst hablaba en serio. El nombre de Jill O'Leary era demasiado conocido para que no se iniciara una investigación a fondo. Pero no se encontró el menor vestigio de la actriz desaparecida.

Sin embargo, en contra de las afirmaciones del capitán Suysst, Saxon Harrison no permaneció detenido ni veinticuatro horas. Alguien accionó los hilos de la diplomacia internacional, y dos agentes secretos le condujeron al aeropuerto, donde le metieron en un avión con destino a Londres.

Al llegar a Hartrow, un hombre rubio, joven y elegante, le esperaba con un «Morris» deportivo. Unas gafas de sol, un sombrero calado hasta los ojos y la ayuda de Sandy Muir, como se llamaba el

joven rubio, le permitieron a Saxon esquivar la legión de periodistas que aguardaban en el aeródromo, utilizando una puerta que sólo podían usar los empleados de las líneas aéreas.

Más tarde, camino de Londres, Sandy preguntaba:

—¿Cómo te has metido en este embrollo, Sax?

—¡Por Dios, Sandy; no me atormentes más! ¡Estaba de vacaciones! ¿Crees que iba a matar a Jill?

—No. Pero en Holanda hay funcionarios con cabeza de queso. Y Jill O'Leary ha desaparecido bajo el agua como si se la hubiera tragado un tiburón, así, con equipo de inmersión y todo... ¡Y eso es indigesto! ¡No te excites! El jefe me ha enviado para buscarte para que no hagas ninguna tontería. Sabe lo que sientes por Jill.

—¿Cómo pudo desaparecer de aquel modo?

Sandy se encogió de hombros.

— Hay cosas raras que luego tienen una explicación. Pero, mucho me temo, si no estoy mal informado, que en este caso no encontremos jamás la explicación. El fondo del mar no es el ambiente natural de las personas. Han habido y habrán accidentes como éste.

A pesar de que Sandy Muir era algo más joven que Saxon, hablaba en un tono de suficiencia casi insoportable. Saxon no quería admitir que Jill hubiera desaparecido o muerto bajo las aguas. Necesitaba, al menos, el testimonio irrefutable de su cadáver.

Había pensado en todo, incluso en el pecio espacial o meteorito, y no podía explicarse lo que él mismo vio con sus propios ojos... ¡y era la vertiginosa caída del cielo del objeto luminoso que frenó su marcha a escasa distancia del agua!

¿Qué había sido aquello? ¿Lo encontró Jill? ¿Estaba ella viva o muerta?

¿Por qué había desaparecido, de pronto, cuando todo iba tan bien?

* * *

Saxon Harrison no era periodista. Lo había sido unos años atrás. Pero extrañas circunstancias relacionadas con la información le pusieron en contacto con ciertos individuos que, de un modo u otro estaban vinculados con el Ministerio de Asuntos Extranjeros, y, casi sin darse cuenta, Saxon se encontró mezclado en actividades clandestinas de «información» internacional.

En ciertas esferas diplomáticas, el grupo al que pertenecía Saxon Harrison era conocido como «Sir Cedric Campbell», el nombre de una persona inexistente. Los propios miembros de este grupo se

conocían como «S.C.C.» y, en realidad, era un complejo organismo de contraespionaje, en el que cada uno de sus agentes tenía un número. El de Saxon era el «9». Sandy Muir tenía el «15», y el Jeje era el Número Uno.

Este número «Uno» tenía su sede en la redacción del «Daily News», en un despacho, al parecer relacionado con la información de finanzas, y su nombre era Arthur Brahms. En realidad, el redactor financiero era la cabeza directiva de «Sir Cedric Campbell».

Desde el aeropuerto de Hartrow, en el «Morris» de Sandy Muir, Saxon Harrison se trasladó a la mencionada oficina, pero no entró en ella por la puerta del prestigioso periódico, sino que utilizó la escalera del garaje contiguo, sin ser visto por nadie, y llegó a un despachito en el que trabajaban secretamente tres hombres en el manejo de una emisora de radio, cuya antena estaba situada fuera de la ciudad.

Arthur Brahams, en mangas de camisa, se encontraba detrás de una mesa atiborrada de papeles y recortes de periódico, cuando entraron los dos hombres.

— Aquí tienes a Sax, jefe —dijo Sandy en tono ligeramente jovial —. Lo libré de los «caza- noticias».

Brahms miró duramente a Sandy. Luego, tendió la mano al atribulado Saxon.

—Lo siento, muchacho. En cuanto supe que estabas en apuros, te saqué del atolladero. Esas vacaciones fueron idea mía. Y jamás lo lamentaré bastante. ¿Qué ocurrió?

—Algo maldito bajó del cielo, Arthur. Me picó la curiosidad y, como teníamos tiempo de sobra, alquilamos una lancha y nos fuimos a bucear por el lugar. Todo bien, hasta que Jill se separó de mi lado... ¡Parece como si algún monstruo submarino la estuviera esperando para engullirla!

»Y, para colmo, aquellos tipos creyeron que yo la había descuartizado.

—Sí. Es una falta de consideración — aceptó Arthur Brahms, resignadamente —. Pobre Jill... Pero ¿y su cuerpo? ¿No han hallado nada de ella?

—¡Nada, ni las botellas de aire!

—¡Qué raro! ¿Y cómo era lo que viste caer?

—Algo luminoso... Un meteoro incandescente, por su roce con la atmósfera. Pero...

—¿Qué? —inquirió Brahms.

— Te parecerá una tontería, Arthur — dijo Saxon, reclinándose en una silla giratoria, ante su jefe—. Pero tuve la impresión de que

aquello… frenaba ligeramente antes de caer al agua.

—¿Frenaba?

Sí, todo parecía muy extraño, incluso para el propio testigo de la inquietante aventura. Las vacaciones de Saxon Harrison habían tenido un fin trágico… ¡Y la famosa estrella Jill O'Leary había desaparecido en dramáticas circunstancias!

—¡Frenaba! —repitió Arthur Brahms incrédulamente, mirando con fijeza a Saxon y luego al impasible Sandy Muir—. No lo concibo. Pudo ser un meteoro o alguna fase inservible de un lanzamiento espacial, cuya velocidad de caída debió fundirlo antes de llegar al mar. Sin embargo, muchas de esas cosas caen y se encuentran en algunos lugares.

»Lo que no puedo concebir es que, antes del impacto, ¡iniciara una deceleración o frenado! ¿Quieres insinuar que podía tratarse de una nave tripulada?

Saxon sostuvo la mirada del sagaz Brahms sin pestañear.

—No quiero decir nada.

—Sería fantástico, ¿eh? ¡Bah! La vista engaña, Saxon. No pudiste ver nada así. Lo siento mucho. Como entretenimiento, estando de vacaciones, buscar meteoritos bajo el agua, no está mal. Aunque yo no habría perdido el tiempo, estando con Jill O'Leary.

—¡Jill no ha aparecido!

—Esto es lo penoso, Saxon. Y dudo que aparezca. Afronta esa realidad. Peor hubiera sido que los holandeses, celosos de su deber, te hubieran culpado su desaparición. Con un poco de suerte, nadie te hubiera librado de unos cuantos años de cárcel.

—¿Das por concluido el asunto, así, de un simple carpetazo? —preguntó Saxon, excitado.

—¿Y qué puedo hacer? La están buscando. Sí la encuentran, poco quedará de ella. Nosotros, desgraciadamente, hemos de seguir viviendo. Escucha, Saxon. No sé si hice bien en darte esas vacaciones. Las cosas han salido así. Lo mejor que puedes hacer es irte a Middlex y descansar unos días, en la más completa soledad. Allí no te molestará nadie. Dentro de dos días, el sábado, puedes salir para Washington. Hay algo allí que puedes hacer. Pensaba encomendárselo a «6», pero tú lo necesitas más que él. ¿Te parece bien?

Saxon se puso en pie y no respondió. Sin embargo, antes de abrir la puerta, para salir, se volvió y dijo a Arthur Brahms, que continuaba mirándole con expresión conmiserativa:

—Gracias, Arthur… Gracias por todo.

* * *

No era fácil olvidar a una mujer como Jill O'Leary, cuya imagen aparecía continuamente en la prensa, en las pantallas de televisión y hasta en casi los cinematógrafos del mundo. Sin querer, Saxon la veía, sugestiva y sonriente, mostrando su tentadora figura casi al desnudo, por todas partes que iba.

Los días que pasó oculto en su finca de Middlex fueron una pesadilla que el mejor «whisky» escocés no pudo disipar. Luego, en el trabajo que realizó en los Estados Unidos, para «Sir Cedric Campbell», aunque estuvo absorto y ocupado, también volvió a verla continuamente.

En Washington hubo de inmiscuirse en los asuntos privados de un «representante» oriental, muy quisquilloso y desconfiado, al que fue preciso tratar convenientemente. Era un trabajo astuto y sagaz, que terminó bien para Saxon y mal para el siamés, al que la suerte le volvió la espalda y tuvo que regresar a su país, con el rabo entre las piernas, para ser encarcelado. Saxon se apuntó un éxito más en su expediente.

Luego, tomó un «jet» para regresar a Londres, a donde llegó tres semanas después de la trágica y misteriosa desaparición de Jill O'Leary.

Desde el aeropuerto, Saxon llamó al servicio permanente de su oficina, informando de su regreso.

—Estaré en mi departamento de Mayfair Street. Voy a dormir cuarenta y ocho horas seguidas.

—Muy bien, Saxon. Avisaré al jefe.

Una hora después, Saxon llegaba a su departamento, en un edificio enorme, pero tranquilo. Abrió la puerta, dejó la maleta en el suelo y encendió la luz. En el acto, intuyó que alguien había entrado allí durante su ausencia. Los «indicios» eran reveladores.

Cerró la puerta y avanzó hacia el salón. Instintivamente, llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Allí llevaba un encendedor de plata que, hábilmente manejado, podía convertirse en un arma defensiva.

¡Tuvo el presentimiento de que había alguien en su apartamento!

Y la increíble revelación se produjo al descorrer la puerta del salón y encontrarse con... ¡Jill O'Leary, durmiendo tranquilamente, sentada en una butaca!

Saxon estuvo a punto de lanzar un grito de terror. La primera impresión fue la de hallarse ante el fantasma de Jill. Pero esta sensación fue sustituida por otra, mucho más espeluznante.

Al fin, reaccionó y se acercó a la joven, que vestía un precioso conjunto rojo, muy descotado; no llevaba medias y calzaba unos

delicados zapatos dorados. Sobre la mesita contigua había un bolso, también dorado.

Saxon se inclinó sobre la actriz y la sacudió por el hombro, exclamando:

—¡Jill! ¿Cómo...?

Ella se agitó y abrió los ojos. Inmediatamente, una sonrisa afloró a sus sensuales labios.

—¡Oh, Sax; me he dormido!

—¡Pero...! ¿Cómo es posible? —La agarró por los hombros y la sacudió, como si no creyera en lo que estaba viendo—. ¡No, no puede ser! ¡Estoy soñando! ¡Veo visiones!

La sonrisa se esfumó de los labios de la «aparecida».

—Lo siento, Sax. Es mejor que te sientes... Supe que ibas a venir y te he esperado.

—¡Por el amor de Dios, Jill! ¿Cómo has vuelto? ¿Qué te ocurrió? ¡Es inaudito! ¡No puedo creer...! ¿Sabes lo que he padecido por ti todos estos días? ¿Dónde has estado?

Había algo indiscernible en Jill O'Leary que empezó a inquietar a Saxon. Era su expresión casi fría. Al eclipsarse su primera sonrisa, el bello semblante aparecía ahora como una máscara.

—Es mejor que te sientes, Sax.

—¿Cómo voy a sentarme estando aquí tú?

—No soy lo que crees, Sax.

—¿No eres Jill?

—Sí, soy Jill O'Leary... ¡O, al menos, lo que han dejado de mí!

—¿Qué... quieres decir?

—Te diré todo lo que necesitas saber, Sax. Siéntate.

De modo casi maquinal, sintiendo aumentar en su ánimo la inquietud, Saxon Harrison se dejó caer en una butaca contigua a la ocupada por su visitante. Apenas sin voz, dijo:

—Habla, Jill... Presiento algo terrible.

—Soy Jill O'Leary, como puedes ver, Sax. Pero ya no pertenezco a este mundo -—la joven habló con voz profunda.

—¿No perteneces a este...?

—No. Alguien a quien no podemos concebir, ni siquiera imaginar, se ha apoderado de mí. No sé lo que es... Ha llegado del cosmos, de remotas galaxias. Su poder es inconmensurable. Son líneas de fuerza evolutiva, energía mental hipersensorial de increíble dominio. Nosotros no somos más que insectos a su lado, como una hormiga junto a un ser humano.

—Pero... ¡esto es inconcebible! ¡Tú estás aquí!

—Yo pertenezco a Dahr-ak, Sax. Y he venido a buscarte, porque

te necesitamos.

—¿Quién es Dahr-ak? ¡No puedo comprender, Jill! ¡Tú eres tú y estás aquí, conmigo! ¡No estás muerta, sino que vives!

—¡Estoy peor que si estuviera muerta, Sax!

CAPÍTULO III

En el terreno de lo ultrasensorial y, por tanto, más allá de los sentidos, los seres humanos intuyen fuerzas ocultas capaces de dominar las leyes que consideramos naturales. La gravitación es una de estas leyes, así como el magnetismo o cualquiera de los muchos fenómenos ópticos o lumínicos.

Lo que muchos no pueden concebir, porque lo palpan y no lo ven, es que todo cuanto nos rodea, incluso nosotros mismos, estemos compuestos de algo tan vital como la energía. La misma materia que forma el organismo humano no es otra cosa que una manifestación de la energía.

Mídase en ohms, gauses o kilocalorías, la energía es la manifestación máxima de toda la materia. Podrá descubrirse y demostrarse que la materia no existe y lo único existente en realidad es esa gran fuerza cósmica que se llama energía y que está formada de infinidad de tipos de electricidad, tanto negativa como positiva.

El fluido universal es la electricidad. Y la hay estática y dinámica.

Sin electricidad, toda la mecánica celeste no existiría. Tanto en el microcosmos como en el macrocosmos, la energía eléctrica es preponderantemente vital. El átomo está compuesto de un núcleo en torno al que giran uno o cientos de corpúsculos que se atraen y se repelen sistemáticamente.

Ese continuo e incesante movimiento «planetario» es posible gracias a la carga de electricidad positiva y negativa que contienen los átomos. Aunque ahí no empieza o termina todo, ni mucho menos. Es sólo un aspecto del inmenso mundo de la energía cósmica, que el hombre ha empezado a descubrir, sintiéndose cada vez más pequeño ante la magnitud del fenómeno espantosamente grandioso.

Se ha dicho que la electricidad, la luz, el magnetismo, etc., viaja o se desplaza a trescientos mil kilómetros por segundo. Incluso se ha comprobado este aserto, que en física es axiomático y básico. Nadie puede demostrar lo contrario. Intentarlo es como aspirar a ser tildado de estúpido o loco. La ciencia tiene paladines con suficiente poder humano para aniquilar al iluso que trate de poner en tela de juicio verdades inamovibles.

Y, sin embargo, la ciencia se encuentra en pañales y no hace

mucho que ha abierto los ojos a verdades antaño increíbles y, por si fuera poco, ha tenido que rectificar en numerosas ocasiones.

En ciencia ficción, todo está permitido. Aquí es la imaginación la que impulsa el motor de una ciencia que no debe sonrojarse por la inexactitud de asertos más que menos disparatados.

Hecha esta introducción, considerada como necesario para la comprensión del relato, sólo nos queda decir que, en numerosas ocasiones, tratando temas análogos, hemos sentido algo así como si la «luz» nos llegara de alguna parte distante, como si la imaginación no existiera y la inspiración de regiones en las que no nos atrevemos a pensar.

¿Tan portentosa es la imaginación? ¿Qué hay en el fondo de todo esto? ¿Estamos seguros de ser nosotros mismos los que divagamos sobre materias que no son enteramente desconocidas?

* * *

—¿Seres eléctricos procedentes de una remota galaxia, Jill? ¡Eso me parece un tanto absurdo! El «Hombre Eléctrico» era una atracción de feria que admiré siendo niño. Luego, de mayor, me enteré que el tal sujeto eléctrico había muerto electrocutado a consecuencia de un accidente. Algo falló en el equipo aislante y...

—Te hablo en serio, Sax —dijo Jill, cuya expresión se había ido endureciendo por momentos y en nada parecía ya su rostro al de la dulce y admirada Jill O'Leary—. Dahr-ak es un ser compuesto de energía eléctrica y lo que tú viste caer del cielo, ante la costa de Nordwijk aan Zee, no fue más que una chispa eléctrica desprendida de su núcleo.

—Dicho de otra manera, ¿electricidad inteligente?

—Exacto. Energía eléctrica animada de una inteligencia superior, genial.

—Bueno. Como todo eso no puedo comprenderlo, es mejor que me expliques lo que te sucedió. Los periódicos echarán chispas cuando salgan a la calle mañana.

—Los periódicos no dirán nada de mí, Sax.

—¿Eh? ¿Has vuelto y no vas a decir nada?

—No, no he vuelto. He venido a buscarte, Sax. Te necesitamos.

—No quiero exasperarme. Es mejor que tenga calma y te escuche, porque, la verdad, es que no entiendo absolutamente nada. Habla y te escucharé.

—Bien. Dahr-ak ha llegado a nuestro planeta y no tiene el propósito de quedarse aquí. Desea volver al hiperespacio, donde viaja a velocidades ultralumínicas. Pero necesita energía. Dicho de otro modo, tiene que repostar energía.

»Parece ser que sus acumuladores están casi agotados. Para recargarlos, según me ha informado, necesita más de cien billones de megavatios.

—¿Nada más? —preguntó Saxon, quedándose atónito—. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí, calculo que poco más o menos toda la energía eléctrica de nuestro planeta durante algunos años —respondió Jill seriamente.

—Pues nada —ironizó Sax—, eso tiene fácil arreglo. Que traiga Dahr-ak sus acumuladores y los enchufamos a la red. Ahí, en la pared, tenemos varios enchufes. Puede acumular todo lo que desee durante los próximos mil siglos. No sé lo que dirán los suministradores de la Compañía Eléctrica. Si hay excesivo consumo, tal vez envíen un inspector con sombrero hongo y me pasen un recibo kilométrico.

Jill estaba muy seria, escuchando a Saxon. Cuando éste terminó su sarcasmo, ella dijo:

—A pesar de toda tu ironía, la cosa es mucho más seria de lo que supones, Sax.

—¡Naturalmente! Las autoridades marítimas holandesas pretendían encarcelarme, acusado de haberte dado muerte. Y tú te encontrabas bajo el agua, conversando con seres eléctricos llegados del cosmos.

—Me insensibilizaron y me condujeron a su nave, situada bajo la arena del fondo del mar. Allí, me magnetizaron de forma que ahora todas las células de mi cuerpo están ionizadas.

—¿Quiere decir eso que puedes encender una bombilla poniéndotela en la boca?

Por toda respuesta, Jill O'Leary se levantó y caminó sobre la alfombra, hasta un extremo del salón. Allí se detuvo y se volvió. E, inmediatamente, Saxon presencio lo más extraordinario e increíble que hubiera visto en toda su vida.

¡La figura de Jill empezó a volverse luminosa, a despedir luz, a transformarse en un cuerpo incandescente!

Durante unos segundos, Saxon Harrison, agente secreto británico, quedó estupefacto, boquiabierto y trémulo. No era una ilusión lo que tenía delante, sino un cuerpo humano, que antes había sido muy querido, convertido ahora en un ascua de luz.

Luego, del mismo modo que se había iluminado, la figura de Jill «se apagó», volviendo tanto ella como sus ropas a recobrar el aspecto normal de siempre. Entonces, se acercó al atónito Saxon.

—¿Te has convencido, Sax?

—¡Cielos santo! ¡No puedo… creerlo! ¡Esto es imposible! ¡Ha

sido una pesadilla!

Se pellizcó las manos y las mejillas. Mas con ello no disipó la realidad. ¡La mujer que poco antes había sido un ascua de luz seguía ante él!

—Lo siento, Sax. Hay cosas que están más allá de nuestra comprensión, pero son ciertas. Aunque te cueste creerlo, has de admitir la verdad... ¡Ya no soy como las demás personas!

Saxon no respondió.

—Sin darme cuenta, me encontré en el interior de lo que sólo puedo llamar una nave cósmica, casi totalmente ocupada por dispositivos eléctricos de incomparable forma y diseño.

»Allí, ante una especie de pantalla tridimensional, me obligaron a sentarme en un asiento que materializaron para mí. ¡Jamás has podido ver nada semejante!

«Quedé agarrotada a la silla. Surgieron brazos articulados de la complicada máquina, adhiriéndose a mi cuerpo, a mi cabeza, brazos y piernas.

Estuve respirando oxígeno de mis botellas, hasta que sentí mi cuerpo como aligerado de un gran peso. ¡Tuve la sensación de haber sido vaciada por dentro y me sentí como flotando!

»Luego, Sax, ¡lo increíble!

* * *

Se iluminó la pantalla tridimensional y Dahr- ak se materializó.

Era una aglomeración de pequeñísimos puntos luminosos que parecían tratar de unirse continuamente, formando algo así como un cuerpo viviente, aunque sin apariencia de ser humano. Era como una masa de diminutas lámparas parpadeantes, girando deslizándose, agitándose, apagándose y encendiéndose... ¡Una masa corpórea de energía eléctrica!

De la pantalla tridimensional no surgió voz alguna. El movimiento de los flóculos y sus oscilaciones estaban trasmitiendo un mensaje que Jill O'Leary comprendió sin la menor duda, porque en cerebro estaba ya dominado por la energía magnética que emanaba de Dahr-ak.

— Te hemos traído aquí para conocer tu composición orgánica, criatura humana —dijo «aquello»—. Ya te conocemos bien. Ahora, hemos de darte instrucciones. Nos perteneces y necesitamos tu ayuda.

»Procedemos de una región cósmica muy distante. Circunvalamos el universo con fines científicas y no era nuestro propósito inmiscuirnos en vuestras actividades. La forma de vida

que poseéis aquí, aunque basada en los mismos principios cosmogónicos y universales, difiere mucho de la nuestra.

»Vosotros sois materia y energía de escaso voltaje. Nuestra constitución es puramente energética y todo cuanto de material tenemos en torno nuestro es meramente suplementario. Para tu comprensión, podemos decirte que esto es algo así como el mecanismo electrónico auxiliar de nuestra voluntad suprema.

»Debo añadir que hemos venido a este planeta a causa de un fallo en los acumuladores de energía. A consecuencia de una prolongada inmersión en el hiperespacio, hemos consumido más electricidad de la que nos estaba permitida.

»Esto nos ha obligado a decelerar y buscar, dentro del universo físico, un mundo civilizado, donde poder proveernos de energía eléctrica. Y hemos comprobado que este planeta produce energía eléctrica para su consumo, aunque no a nuestra entera satisfacción.

»Hemos realizado un estudio bastante profundo de vuestras instalaciones, tanto térmicas como hidráulicas. Sabemos, además, que poseéis centrales nucleares de producción eléctrica.

»Sin embargo, nosotros necesitamos absorber muchísimos más megavatios de los que todas las instalaciones de este mundo son capaces de producir. Y en eso estriba la más importante dificultad. Ni con toda la producción eléctrica de este mundo, durante muchos siglos, podemos recuperar la energía perdida.

»No obstante, sabemos que si, durante unos años, acumulamos toda la energía que se produce en la Tierra y, al mismo tiempo, hacemos instalar receptores solares en los grandes desiertos, para aumentar la producción, podríamos llegar hasta cierta región del cosmos, donde la electricidad estática acumulada para próximas formaciones entelares terminaría de suministrarnos la energía que precisamos.

»Y por ese motivo te hemos hecho venir. Queremos que regreses con tus coterráneos y les expongas nuestra necesidad, a fin de que nos suministren...

—¡Pero eso es imposible! ¿Sabéis, acaso, cómo está gobernado este planeta? ¡Lo que pedís es imposible de conseguir!

—Para nosotros no existe nada imposible, Jill O'Leary. Hemos estudiado vuestro planeta y sabemos cómo se vive aquí y la forma de gobierno que existe en cada país. No importa. En términos generales, sois igual en todas partes. Esto no es más que un pequeño mundo cambiante y todos vosotros sois como microbios enquistados en el suelo.

»Os necesitamos para que nos ayudéis y podemos obligaros a

que lo hagáis. Pero si quisiéramos, con una insignificante descarga eléctrica de nuestros casi agotados acumuladores, acabaríamos con toda la vida primitiva que existe aquí.

»Espero que seas capaz de convencer a los jefes de la Tierra. De lo contrario, os destruiremos a todos y luego conectaremos nuestros acumuladores a la red mundial de producción eléctrica e instalaremos cien millones de pantallas receptoras para que capten la energía solar.

—¿Es que no podéis ir directamente al sol y obtener allí lo que tanto precisáis? —preguntó Jill.

—No sabes lo que dices y divagas. Vuestro sol, y todos los soles de esta galaxia no nos sirven absolutamente para nada.

—Me ha parecido entender que la energía solar...

—¡La energía solar debe ser transformada en energía eléctrica! Y de ahí que necesitamos cientos de miles de pantallas receptoras.

— ¡Nuestra industria no trabajará para vosotros! — exclamó Jill —. No es que yo sepa mucho de ciencias económicas, pero si os dieran toda la energía eléctrica que poseemos, toda nuestra economía se derrumbaría en menos de una semana. Necesitamos electricidad para vivir.

—¡Los muertos no necesitan electricidad para descomponerse! —replicó Dahr-ak—. Debes comprender eso y hacérselo comprender, a los jefes de gobierno. Nos importa muy poco destruir a toda vuestra raza.

Jill se agitó inquieta en su asiento. Aunque dominada totalmente su voluntad, algo en su mente se rebelaba contra aquellas órdenes que recibía.

—No sé hasta qué punto accederá la humanidad a esas exigencias. Creo que ignoráis que somos seres capaces de elegir el martirio antes de la sumisión.

—¡Todo eso son conceptos sin sentido para nosotros! —contestó Dahr-ak—. Capto perfectamente tus impulsos mentales. Sé lo que quieres decirme y lo comprendo. Pero mis circuitos me indican que no hay peligro. Vuestra inteligencia es primaria y vuestra capacidad de represión es nula.

»Tú harás lo que te ordenamos. Hemos anulado tu voluntad. Dentro de poco te dejaremos salir. Ya no serás' igual que antes. Al menos, tus semejantes no podrán hacerte ningún daño, porque tu organismo ha sido reforzado con energía eléctrica.

»Con la fuerza de tu voluntad, podrás fundir las paredes de acero más sólidas, fulminar a todo el que trate de causarte daño y, más que nada, impresionar a nuestro favor a los jefes de los gobiernos,

que es lo importante.

«Mientras permanezcamos aquí, toda la humanidad ha de estar, sin excepción, a nuestro servicio. Somos seres superiores y acataréis nuestros deseos aun en contra de vuestra voluntad.

»Una vez conseguido nuestro propósito, destinaremos las personas que sean necesarias para conectar todas las centrales eléctricas del mundo a una sola red. Nosotros situaremos los acumuladores en ese extremo y estaremos absorbiendo energía todo el tiempo que sea preciso.

— Pero ¿es que no os dais cuenta de que si eso fuera posible, toda la industria mundial quedaría paralizada?

—¡Debe ser así! — repuso Dahr-ak.

—¡Más de medio mundo moriría de hambre! ¡Sería el hundimiento y la ruina de la industria, el comercio, la ciencia, la construcción, todo se desmoronaría! — exclamó Jill con energía.

—Eso nos tiene sin cuidado. Si no se hace como decimos, no morirá medio mundo, ¡sino el mundo entero!

Jill tuvo la impresión entonces, porque algo sucedió en su mente, de quedarse dormida y aletargada. Evidentemente, Dahr-ak no quería seguir discutiendo con ella. Había explicado los motivos que tenía para actuar de aquel modo y nadie podía replicarle.

Cuando Jill volvió a recobrar la noción de las cosas, se hallaba tendida sobre lo que, a primera vista, le pareció una alfombra de puntas de platino... ¡Y vio que todo su cuerpo, incluyendo las breves piezas de su bañador, despedía una impresionante luminosidad!

El miedo estuvo a punto de hacerle lanzar un grito de terror. Sin embargo, no lo hizo. Sentía una agradable sensación de vigor y fuerza, como si se sintiera capaz de realizar portentosas proezas.

¡Su voluntad hizo desaparecer la luminosidad de su cuerpo!

Luego, se levantó v miró a su alrededor. Se encontraba en una reducida estancia, de paredes como de cristal de roca, opaco, con el pavimento cubierto de puntas de platino.

Cuando tentaba las paredes, percibió la voz de Dahr-ak en su cerebro, que le decía:

—Te hemos corregido el metabolismo. Sin ser como nosotros, la energía eléctrica que hay en ti te permitirá convencer a la gente. Pero no hagas excesivo consumo de ella. No estamos en condiciones de dilapidar lo que tanto necesitamos. Tu voltaje es de veinte mil, en cantidades similares a las vuestras. Si alguien te toca y deseas fulminarle, quedará carbonizado, aunque sólo se acerque a un metro.

—¿Y voy a salir así al exterior?

—Bueno, eso es asunto tuyo. ¿Deseas que te llevemos a alguna parte?

—Sería conveniente, al menos, que me dejaseis en la costa inglesa de Kent, cerca de Ramsgate. Allí poseo un chalet, donde hallaré ropas. ¿Qué ocurrirá si salgo en el lugar donde estaba buceando?

—Los hombres rana que te buscaban ya se han marchado. Sabemos que tu desaparición ha causado gran sorpresa. A propósito, hemos computado los pensamientos del hombre que te acompañaba, Saxon Harrison. Creemos que ese individuo puede ayudarte en tu misión, por estar relacionado con los servicios secretos británicos. Además, está enamorado de ti.

»Ahora se encuentra en Washington, en su deleznable ocupación. Pero regresará pronto y podrás verle en su apartamento de Mayfair Street. Nos conviene que te pongas en contacto con él. Eso abreviará el trámite y nos ahorrará tiempo. — ¿Cree Sax que he muerto?

CAPÍTULO IV

Saxon Harrison abrió la puerta de su apartamento. Arthur Brahms, acompañado de Sandy Muir y otro agente secreto de « S.C.C.», llamado Tony Young, más conocido como número «8», apareció ante él.

—¿Qué ocurre, Saxon?

—Tú solo, Arthur. Esos gorilas que se queden fuera. Y átale los zapatos o los perderás, cuando saltes y salgas de ellos.

Sandy y Tony pusieron mala cara, pero se quedaron en el rellano, mientras Arthur Brahms, sereno y flemático, seguía a Saxon hasta el salón.

—¡Como me hayas tomado el pelo...!

—¿El pelo? ¡Agárrate fuerte, jefe! ¡Ahí tengo a Jill O'Leary!

Arthur Brahms era incapaz de sorprenderse de nada. Y en esta ocasión hizo honor a su flema. Entró en el salón, miró a Jill v luego se volvió a Saxon, diciéndole, muy serio:

—Como truco publicitario, no está mal. Pero…

—¡No, jefe; alto! ¡Espera a oír lo que tiene, que decirte!

Brahms sacudió la cabeza. Luego, se acercó a Jill, tendiéndole la mano. Pero ella retrocedió, exclamando:

—¡No se acerque! ¡Estoy convertida en un condensador eléctrico de alto voltaje!

—¿Cómo?

—Si es usted capaz de escuchar de pie, sin caerse, lo que voy a decirle, para convencerle le haré una demostración. ¿O prefiere que se la haga antes de decir nada?

—Dale un anticipo, Jill. Arthur no se inmuta por nada.

Lo que vio Arthur Brahms le hizo caer la pipa de la boca, se le abrieron los ojos como platos y pegó un salto atrás que casi derriba a Saxon.

—¡Voto a Júpiter! ¿Qué truco es éste, Saxon?

—Es mejor que te sientes. Ella te lo explicará. Luego, toma el teléfono y llama al Primer Ministro. La cosa es seria y muy grave. ¿Recuerdas lo que dije que cayó estando Jill y yo en Nordwijk aan Zee? Bueno, pues es algo así como una nave espacial de origen extragaláctico, ocupada por seres que consumen billones de megavatios de energía eléctrica.

Arthur Brahms era un hombre tan responsable que se puso amarillo como un cadáver. Ni por un instante, después de lo que

acababa de ver en la hermosa figura de Jill, pensó que no fuera cierto.

—Pe... pe... pero... ¿Es posible?

—La nave está en alguna parte, cerca de la costa de Kent, esperando que Jill les informe de la misión que realiza. No está muerta, aunque todo su ser haya sufrido una transformación que dudo mucho podamos aprovecharla después de esto.

—Habla, Jill. Cuéntamelo todo.

La actriz eligió un procedimiento magnético, mucho más rápido que la palabra, para informar al jefe del grupo « S.C.C.». Y concluyó diciendo, a viva voz:

—Me tuvieron con ellos unos veinte días, durante los cuales no he sentido ninguna apetencia física. Luego, me dejaron salir por una escotilla, frente al chalet que poseo en las cercanías de Ramsgate. Nadé unas brazas y alcancé la orilla. No pude ver ni señales del objeto espacial donde había estado.

»Pero sé que mi mente está conectada a la de ellos por medios hipersensoriales. Todo cuanto digo y hago está controlado a distancia.

—¿Y no necesitas comer ni beber nada? — preguntó Saxon, desconcertado.

—No. Creo que me alimento de la energía eléctrica que he acumulado no sé cómo.

—Desde luego, tienes razón, Saxon —habló Brahms, que estaba rascándose el mentón —. Creo que conviene llamar al Primer Ministro ahora mismo. Este asunto escapa a nuestra competencia. Pero será conveniente que llevemos a Jill a algún lugar seguro.

—¡Sé lo que está usted pensando, señor Brahms! —exclamó Jill, bruscamente—. Rechácelo. Encerrándome en una fortaleza fuertemente vigilada por tropas, no conseguirá usted nada.

¡Precisamente, esto era lo que pensaba Brahms!

Se le había ocurrido que, como medida de precaución, era conveniente apartar a Jill del resto de la población. No ignoraba que las deliberaciones iban a ser complicadas. El gobierno iba a estar muy ocupado en los próximos días. Le desconcertó, sin embargo, comprobar que ni los pensamientos eran secretos para Jill.

—Había tratado de hallar una solución — dijo Brahms, poniéndose en pie y acercándose al teléfono —. No tengo más remedio que actuar de acuerdo con las instrucciones. Pero... ¡no sé lo que va a ocurrir! Esto es lo más increíble que haya sucedido jamás... ¡Alguien va a sufrir un colapso esta noche!

Con mano insegura, Arthur Brahms marcó un número en el aparato telefónico.

—¿Harry? Soy Brahms. Es preciso que vea al Primer Ministro esta misma noche... ¿Alarma atómica? ¡No, mucho peor, Harry! ¡Invasión extragaláctica?. Sí, no me burlo. Aquí tengo la prueba, ante mis mismos ojos. Jill O'Leary es la mensajera... ¿Me oyes, Harry? Estoy en el apartamento del número «9». Es mejor que no vengas. Iremos nosotros a Downing Street... Sí, pero... ¡No hagas tonterías, Harry! ¡Deja el ejército al margen por ahora! ¡No puedes imaginarte siquiera de lo que se trata! ¡Ya sé que mandas tú, pero si te obstinas en decir tonterías, tu mandato será breve! ¡Hablo en serio, Harry! ¿Tú también? Bueno, sí... De acuerdo... No es más que perder el tiempo. Pero no lograrás burlar a nadie... ¡Emplea la telepatía sensorial!

Arthur Brahms colgó el auricular. Antes de que pudiera decir nada, Jill se le anticipó diciendo:

—Lo he escuchado todo, señor Brahms. Su superior es uno de los jefes del Ministerio de Asuntos Extranjeros. Se llama Harry Volksham y su cargo es estrictamente político. En realidad, es una nulidad, al que no debió usted llamar. Estamos perdiendo el tiempo. Hay que ir directamente a Downing Street.

—Jill tiene razón, Arthur —habló Saxon—. Si perdemos el tiempo informando a los intermediarios...

—¿Qué intermediarios ni qué tonterías? ¡Harry Volksham es mi superior jerárquico! ¡Por encima de él está el ministro! ¿Qué puedo hacer si se ha empeñado en venir a ver a Jill?

—Irnos. Dile a Sandy y Tony que teníamos prisa y que nos espere. ¡Hay que eliminar obstáculos! ¡El Primer Ministro tiene que recibirnos!

—¡Lo hará! — declaró Jill.

* * *

Paul Hawkins inició, su carrera política en el laboratorio. Dejó la Universidad para ponerse a trabajar en el Sindicato del Acero, donde pronto destacó por sus vibrantes discursos. En 1973, ocupó el primer cargo de Ministro de Trabajo. Al perder las elecciones generales en 1975, pasó a formar parte, como Primer Ministro del Gobierno de la oposición parlamentaria. Sólo tenía entonces treinta y seis años.

Y a los treinta y nueve, o sea, en 1978, Paul Hawkins ganaba las elecciones y pasaba a residir al número 10 de Downing Street, donde llevaba poco más de un año al frente del Gobierno del Reino

Unido.

Aquella memorable noche de septiembre del año 1979, el Primer Ministro Hawkins estaba reunido con dos consejeros económicos. La velada parecía ser larga. Se trataba de actuar con energía en Bruselas o la libra esterlina iba a sufrir una embestida del marco alemán. En la Comunidad Económica se pretendía introducir una moneda nueva: el dólar europeo, y si no actuaban con cautela, los británicos iban a perder una importante baza.

Pero la conferencia iba a ser bruscamente interrumpida, al sonar uno de los teléfonos de la mesa del Primer Ministro.

Se produjo un sobresalto entre los reunidos, pero Paul Hawkins se rehízo, descolgó el auricular y dijo:

—Sí... ¿Qué ocurre?

—¡Parece que están disparando en la calle! — exclamó uno de los consejeros, poniéndose en pie y yendo hacia la ventana, cuyos cristales eran a prueba de bala.

Al retirar las cortinas, el consejero lanzó un grito y retrocedió, volviéndose a los otros, con el rostro blanco como la cera.

—¡Una... una mujer... fosforescente!

El Primer Ministro, con el auricular al oído, también se había alterado. Pero no tanto como el consejero de Economía Europea.

—Sí... Sí... Sí... ¡No! ¡Eso no! ¡Saldré inmediatamente!

—¡No salga, señor!

Paul Hawkins no era un cobarde. Colgó el auricular y se dirigió a la puerta. Minutos después, abría la entrada y salía al porche, donde un grupo de agentes de policía, armados, apuntaban sus armas hacia donde estaba Jill O'Leary, a menos de cinco metros, sonriendo y diciendo:

—No se alarmen. Los proyectiles se habrán fundido antes de llegar a mí.

Había tal estupor en el rostro de los policías que a uno se le escapó la pistola de la mano y rebotó contra el suelo. Arthur Brahms y Saxon Harrison, que estaban pegados al muro de ladrillos, se acercaron.

—Disculpe, señor —habló Brahms—. Era necesario venir. Soy Arthur Brahms y trabajo con Harry Volksham, para el «Foreign Office». Le ruego que nos permita hablarle de algo sumamente importante.

—¡Es de fuego y luz! —gritó un agente—. ¡Las balas no le hacen daño!

—¿No es Jill O'Leary? ¿Qué significa esto?

Aprovechando la confusión, Saxon Harrison se acercó al Primer

Ministro y le tomó familiarmente del brazo.

—Háganos caso, señor. Le respondo con mi vida que Jill O'Leary no quiere causarle ningún daño. Sólo tiene que exponer ante usted algo sumamente importante… Soy Saxon Harrison y colaboro con el Servicio de Inteligencia del Gobierno.

Paul Hawkins sólo vaciló un instante. Jill O'Leary no parecía ahora demasiado extraordinaria, a no ser por su singular belleza. Él no la había visto como los agentes.

—Bien… Pasen.

—¡Señor, ella despedía luz! —exclamó un oficial de la Policía.

—¿No conoce usted a Jill O'Leary? Me parece muy bien que su encantador espectro sea luminoso… Acérquese, señorita O'Leary. ¿Es usted un fantasma?

—No soy una mujer de carne y hueso, por supuesto — contestó ella con una encantadora sonrisa—. Pero tampoco llego a fantasma. Me he permitido hacer una exhibición eléctrica en beneficio de los agentes, para que se decidieran a molestarle.

Paul Hawkins pareció reconvenir a los agentes con la mirada y luego se apartó, para que Jill y sus dos acompañantes pudieran entrar. Poco después, en una salita de puro estilo Victoriano, el jefe del Gobierno británico escuchaba atónito la increíble historia de Jill O'Leary, la cual hubo de apartarse unos metros y realizar otra demostración de su capacidad lumínica como final de su relato.

Anonadado, Paul Hawkins no podía apartar la mirada de la actriz. Luego, al fin, se volvió hacia Saxon y Brahms.

—¿Qué opinan de esto?

—Mucho me temo que no haya nada que opinar, señor — respondió Saxon, con entereza —. Jill O'Leary nos trae un increíble mensaje. Hemos de aceptarlo o rechazarlo y, por tanto, atenerse a las consecuencias.

—Sí, sí… ¡Pero lo que nos piden es… exagerado!

—La destrucción de toda la humanidad no es una exageración, señor — habló Jill —. Y me consta que pueden hacerlo. ¿Qué ocurrirá si se les da lo que piden?

—¡Imposible! ¡No hace falta ser un técnico en energía para comprender en la imposibilidad de esa pretensión! ¡Tanto en un caso como en otro, estamos condenados, si es que… tienen medios para aniquilarnos! ¿Cómo es esa nave, señorita Jill O'Leary? ¿O debo presumir que, siendo usted una enviada de ellos, participa de sus aspiraciones inadmisibles?

—Yo no puedo opinar, señor — contestó Jill—. He sido elegida para esta embajada contra mi voluntad. Ahora, ni siquiera sé cuál es

mi situación. Evidentemente, no soy de ellos. Pero algo ha cambiado en mí que me hace distinta a ustedes.

»Y le diré algo más, señor. Rechace esa idea de avisar al Almirantazgo y enviar una flota contra la nave de Dahr-ak. No conseguirán nada y las consecuencias pueden ser fatales.

Paul Hawkins, como sorprendido «in fraganti» en falta, se movió inquieto en su asiento.

—Admito que posee usted la extraordinaria facultad de leer el pensamiento… No sé qué decirle. No sólo escapa este asunto a mis posibilidades, sino que también de mis atribuciones. Yo no soy lo que ustedes imaginan. He sido elegido…

—Puede usted llamar ahora mismo al Presidente de los Estados Unidos — dijo Jill.

—Bueno. Eso implica unas consecuencias imprevisibles y no podemos prever la reacción de los norteamericanos. Yo más bien creo que esto compite al Consejo de Seguridad… Sí, eso es. Puedo ordenar a nuestro representante en la ONU que convoque una reunión urgente del Consejo.

«¡Incluso puedo trasladarme a Nueva York y exponer personalmente la situación ante los miembros del Comité de los Veinticuatro! ¡Ah, pero…! ¿Qué ocurrirá?

Jill O'Leary fue a decir algo, pero, súbitamente, se quedó rígida y con los ojos cerrados, como si estuviera escuchando algo. Al ver su actitud, Saxon se acercó a ella, preguntándole:

—¿Qué te ocurre?

—¡Chisst! —replicó la joven sin abrir los ojos —. Estoy recibiendo instrucciones de Dahr-ak.

Saxon se volvió al Primer Ministro y a Arthur Brahms.

—Algo importante nos van a transmitir.

—¡Estoy muy inquieto! —exclamó Paul Hawkins—. Presiento que va a suceder algo nefasto.

Hubo una dramática pausa en el gabinete. De pronto, Jill abrió los ojos y pareció relajarse.

—Acaban de comunicarme que van a conectar con los cables de alta tensión que suministra a Londres de energía. Durante toda la noche, vamos a permanecer a oscuras. He tratado de hacerles comprender lo que eso significa para nosotros y no me han escuchado. Me han sugerido que empleemos bujías de sebo o lámparas de petróleo. No quieren desaprovechar la ocasión de demostrar al mundo que la energía eléctrica les pertenece por derecho de fuerza.

—¡Esto es inaudito! ¿Y si ordeno cortar el suministro? Nuestras

centrales eléctricas pueden suspender la producción...

—Si hace usted eso, señor... ¡Nadie en todo el Reino Unido volverá a ver la luz del nuevo día! ¡Esta misma noche serán aniquilados todos, excepto yo!

Las palabras de Jill salieron de su boca en un tono suave, inexpresivo, sin entonación. Pero su significado heló los corazones de los tres hombres.

Hawkins, puesto en pie, se cruzó de brazos.

—Debo convocar inmediatamente una reunión del gabinete. Disculpen... Les ruego que no se marchen. Los ministros no tardarán en acudir... ¿Cuándo se va a producir el corte de fluido eléctrico, señorita O'Leary?

—Dentro de tres minutos, exactamente.

En efecto, Paul Hawkins estaba dando instrucciones a uno de sus secretarios, cuando la luz eléctrica sufrió un corte súbito. Inmediatamente, encendieron algunos candelabros y sacaron lámparas eléctricas.

El caos que ocasionó el apagón en una metrópoli de las gigantescas proporciones de Londres fue impresionante. Nadie se explicaba cómo podía producirse un corte eléctrico de tal envergadura, siendo numerosas las compañías que suministraban la ciudad.

En las oficinas técnicas se organizó una confusión impresionante. Los ferrocarriles quedaron detenidos, el metro se paró en el interior de los túneles, el alumbrado público se apagó, como si un denso manto de niebla hubiera caído sobre toda la ciudad, y en las calles, los escasos automóviles que transitaban a tales horas parecían los únicos en todas partes capaces de disipar las tinieblas.

Incluso se vieron afectadas las líneas telefónicas, aunque se conectaron los circuitos de emergencia. Todo pareció ser absorbido por la inmensa avidez de los seres llegados del infinito, aunque con todo aquello sólo podían recuperar una milésima parte de la energía necesaria para sus extraordinarios acumuladores.

Lo que estaba ocurriendo, según se supo más tarde a través de la radio, era que unos extraños «interceptores de absorción» habían sido colocados en el tendido principal de la red. Pero nadie fue capaz de retirarlos. Los equipos de reparaciones que llegaron al lugar de la «avería» a los pocos minutos, se encontraron con algo así como un infranqueable muro invisible que no pudieron cruzar.

El miedo se hizo colectivo ya. Por otra parte, se habían filtrado noticias, que circulaban de boca en boca, hablando de un

enfrentamiento atómico entre Oriente y Occidente... ¡Y Europa, al parecer, se encontraba entre dos fuegos!

¡Mucha gente creía ya escuchar el horrísono estruendo de las explosiones atómicas y hasta llegó a decirse que el cielo estaba plagado de «missiles» intercontinentales, cruzando de Oriente a Occidente y viceversa!

CAPÍTULO V

La oscuridad sirvió a Saxon Harrison para escapar del número 10 de Downing Street. Y lo hizo impulsivamente, sin pensarlo, casi por instinto, y antes de que Jill O'Leary pudiera detenerle. Ni siquiera lo lograron los agentes de policía que había en la entrada.

Saxon salió corriendo y se alejó con la velocidad del rayo.

Sin embargo, al poco rato se detuvo y se apoyó en una farola apagada. Algo parecía estar vibrando en su cerebro. Era como una angustia jamás sentida. Percibió silbidos en su mente, zumbidos y hasta una acusada sensación de vértigo.

Después creyó escuchar, sentir o captar modulaciones sensoriales.

»—¿Dónde estás, Sax? ¿Por qué te has ido? ¡Respóndeme!

Saxon no habló consigo mismo. Se limitó a dejar libres sus pensamientos. No podía hacer otra cosa. Quería resistirse a la dominación monstruosa y despótica de los seres que ya dirigían los actos de Jill. Él sabía que junto a ella era un instrumento más en poder de la raza dominante que la tenía sometida.

«— Tenía que hacerlo, Jill — pensó —. Era preciso separarme de ti.

«—¿Por qué? ¡Tienes que ayudarme!

«— ¡Ya lo he hecho! Ahora estás con el Primer Ministro Hawkins. Yo tengo que recapacitar... ¡a solas! ¡Trata de ayudarme, Jill!

«—¿Ayudarte? ¿Cómo? ¿Qué te propones? ¡Yo no puedo actuar libremente! ¡Es Dahr-ak quien controla mis pensamientos y actos! ¡Él me incita a pensar en ti para averiguar la razón de tu huida! Me dijo que tú podías ayudarme.

«—¡Quiero ayudarte, pero no a ellos! —casi gritó la mente de Saxon—. ¿Es que los seres que te dominan no pueden comprender esto? Ellos parecen saberlo todo... Yo sé que es imposible que lo puedan todo, pues de lo contrario no nos necesitarían. ¿Por qué te eligieron a ti y no a mí, estando los dos juntos?

»Estoy pensando, Jill. Sé que nada ni nadie puede impedirme pensar. Pero si permanezco a tu lado, mis pensamientos pueden causarme trastornos. He sentido como si esas ondas que llegan hasta mi cerebro quisieran inquietarme o causarme daño. Me resisto. Sé, por instinto, que debo oponerme con todas mis fuerzas. Alguien tiene que resistir o sacrificarán toda nuestra civilización.

»Tú lo entiendes, Jill. Dahr-ak, que te controla, debe entenderlo también. Por eso me he ido. Junto a ti, ellos podrían ordenarte que me destruyeras. Así, para aniquilarme, al menos tendrán que buscarme. ¿Me oyes, Jill?

— Sí, Sax. Y Dahr-ak te ha escuchado también a través de mí. Cree que es inútil cuanto hagas. Nada ni nadie podrá impedir que se apoderen de la energía que necesitan.

»Dice Dahr-ak que no están en condiciones de suplicar. Sólo pueden exigir. Necesitan esa energía y han de tomarla. Para nosotros, el dársela no significará un quebranto tan grande como suponemos. Se paralizará la industria, por supuesto. Y eso creará problemas técnicos y económicos. Pero no tiene por qué morir nadie.

»Dahr-ak sabe que poseemos reservas alimenticias para varios años. Se trata únicamente de que los gobiernos, en las Naciones Unidas, se pongan de acuerdo para afrontar esta situación. No es difícil, cuando la amenaza o el peligro es común.

«Además, si se reúnen los miembros de la Asamblea, Dahr-ak influirá sobre ellos para que aconsejen a sus respectivos gobiernos la necesidad de obedecer.

»¡Es el único camino, Sax! ¡Sólo así saldremos mejor librados!

«—¿Pretendes convencerme para que me someta como tú, Jill? —inquirió mentalmente Saxon—. Lo siento, no puedo. Mi voluntad se niega intuitivamente. Yo no estoy dominado como tú. No lo hicieron cuando nadaba bajo la lancha de Jan Borseleen. Te eligieron a ti, tal vez por considerarte más fácil de someter. A mí me dejaron. Pero te han enviado a mi apartamento para que tu presencia fosforescente me domine. Y, en el peor de los casos, para que tu fuerza destructiva me aniquile.

»Por eso me he ido, Jill. Tenía que hacerlo a toda prisa. En mi mente surgían ya los primeros destellos de rebeldía. Ahora, que estoy aquí, a oscuras, sin dominio magnético tuyo o de ellos, creo que no todo está perdido.

»La conciencia de nuestra raza se despertará. Y ellos no podrán dominarnos a todos… ¡Sólo pueden dominarte a ti porque te han acondicionado previamente! Yo te quiero, Jill; y tú lo sabes. Pero no vacilaré en sacrificarte e incluso trataré de eliminarte para que se rompa el enlace que te une a ellos.

»¡Lucho por la humanidad, por mí y por cuatro mil millones de seres que pueblan este pequeño y desgraciado planeta, del que pronto podremos separamos para conquistar las estrellas! ¡Yo no quiero que nadie nos someta, ni nos domine, y menos con

amenazas! ¡Luchar es la obligación de todo terrestre, luchar por su libertad, por su mundo, que es la patria de todos, y por nuestra dignidad!

Ahora, Saxon no obtuvo ninguna respuesta de Jill. Evidentemente, Dahr-ak indujo a interrumpir la comunicación. Por el momento, pues, Saxon Harrison era libre.

Y al darse cuenta lo primero que hizo fue tomar el primer automóvil que encontró a mano, establecer un puente en el contacto, por medio de una llave maestra y poner el motor en marcha.

Saxon se dirigió a gran velocidad hacia el edificio del «Daily News», ante cuya entrada reinaba una gran confusión de gentes que pretendían averiguar en el periódico la causa del apagón general..

Saxon se abrió paso entre la vociferante muchedumbre y entró en el vestíbulo. Subió luego la escalera hasta la redacción, donde el desconcierto no era menor que en la calle, aunque allí brillaban lámparas de todas clases, y se dirigió hacia el despacho del jefe de redacción, Andrew Davis, a quien halló rodeado de varios periodistas.

—¡Nadie sabe nada! ¡No hay teléfonos ni radio, ni télex, ni demonios! ¿Qué locura es ésta?

—¡Atención! — gritó Saxon —. Yo traigo noticias de primera mano.

Como hambrientos en torno a la comida, los periodistas rodearon a Saxon, quien se encaró con Davis.

—¡No es un camelo, muchachos; que me crea quien quiera y quien no me crea, peor para él! Vengo del número 10 de Downing Street. Están tratando de forzar la voluntad del Primer Ministro... ¡Escucha, Davis, tú me conoces! ¡Aunque sea haciendo girar las rotativas a mano, es preciso que salga una edición cuanto antes a la calle y que la gente sepa lo que ocurre!

—Pero ¿qué demonios ocurre?

Saxon temía no poder explicar los hechos, creyendo ser fulminado de un instante a otro por alguna fuerza magnética dirigida a distancia. Pero no ocurrió así.

Sin embargo, la verdad no la creyó nadie. Vio aflorar sonrisas a los labios de algunos reporteros. E incluso escuchó algunos despectivos comentarios.

—¿Quieres que hagamos funcionar máquinas sin electricidad para informar esa sarta de disparates? — preguntó uno de los redactores.

—¡Es cierto, Davis! ¡Envía alguien a Downing Street!

—Sí. Bill ve allá inmediatamente... ¡Lo más sabroso es que Jill O'Leary está viva! ¡De lo que se alegrarán millones de personas, incluyéndome a mí! Pero no veo motivo de alarma. Si los «traga-vatios» quieren energía eléctrica, que se la den... ¡previo pago de su importe!

El sarcasmo del redactor jefe enfureció a Saxon, quien aulló:

—¡Esos son los hechos! ¡Os he dado la primicia! Si la publicáis o no, me tiene sin cuidado...

Pero mañana sabrá el mundo que nos han visitado unos seres procedentes del espacio exterior y que han utilizado a Jill O'Leary como mensajera de sus increíbles y absurdas pretensiones.

—¡Será una información sensacional, Saxon! ¿Por qué no la escribes?

Saxon dio media vuelta y salió del despacho. Arrebató una lámpara de gas que había sobre una mesa y se sentó delante de una máquina de escribir. Algunos redactores se acercaron, riendo. Pero Saxon, sin hacerles caso, continuó escribiendo.

Veinte minutos después, Bill Aldred, el reportero enviado a la residencia del Primer Ministro, regresaba con el semblante descompuesto y, tras echar de allí a todos los que tomaban café y fumaban con Andrew Davis, se encerró con éste en su despacho. Al poco, salieron ambos, muy serios. Davis dijo:

—Deja eso, Saxon. Tienes que venir con nosotros a Whitehall.

—¡No iré allí bajo ningún pretexto!

—¡Te están buscando! —exclamó Bill Aldred—. Hay una legión de policías allí. No he dicho que estabas aquí, pero sí que te había visto.

Saxon intuyó que se trataba de una trampa y decidió escapar.

—¡Por el amor de Dios, Davis; ahí tienes el reportaje! ¡Empuja tú mismo los cilindros de las rotativas, pero que salga eso a la calle cuanto antes y el público se entere!

Al mismo tiempo, Saxon se dirigió hacia la salida.

— ¡Detenedlo! —gritó Davis—. ¡No le dejéis salir!

Esto era más fácil decirlo que hacerlo. Varios periodistas trataron de sujetar a Saxon, pero los puños de éste, moviéndose con precisión mecánica, pegaron a derecha e izquierda contundentemente, y todo el que fue tocado cayó aparatosamente. Segundos después, el agente secreto de «S.C.C.» escapaba escaleras abajo, tropezando con unos y otros, hasta conseguir llegar al tumulto que reinaba en la calle. Allí se confundió con la muchedumbre y escapó.

Saxon regresó a donde dejara al coche requisado y pensó en

algún lugar seguro para poder recapacitar y tratar de hallar alguna solución al angustioso problema en que se debatía.

Y mientras conducía el vehículo por las calles oscuras de Londres, una luz se encendió en su mente.

* * *

El profesor Woldering, despeinado, cubierto con una raída bata de color azul oscuro y sosteniendo una linterna eléctrica en la mano, acudió personalmente a la intempestiva llamada de Saxon. Abrió la puerta, refunfuñando y alumbró al rostro de su visitante.

—¿Profesor Woldering? —preguntó Saxon.

—Sí, ¡diantres! ¿Qué horas son éstas de levantar a la gente de la cama...? No se preocupe señora Land; ya he abierto yo.

El hombre de ciencia se había vuelto al escuchar cómo se abría una puerta tras él, seguida de una voz aguda.

—¿Qué quiere usted?

—Deseo hablarle, señor — dijo Saxon —. Es un asunto sumamente importante.

—¿Qué...? ¡No hay luz, son las tres de la madrugada! Pero... ¿en qué país vivimos?

Una mujer con la cabeza cubierta de rizos se acercó. Parecía una momia viviente.

—¿Por qué molesta usted a estas horas?

—Me llamo Saxon Harrison y es vital que hable con usted. Sé que es tarde, o demasiado temprano. Algo increíble está ocurriendo en Londres. El apagón está relacionado con mi visita... ¡Escúcheme, profesor; se lo ruego!

—Bueno... La verdad... ¿De qué se trata?

—No sé cómo explicárselo. ¿Me permite que entre?

—¡No le deje usted, profesor! —exclamó la mujer—. Puede ser un desalmado. A estas horas...

—¡Cállese, señora Lund! Pase usted a mi despacho, joven. ¿De qué quiere hablarme?

Saxon penetró en el vestíbulo y el profesor Woldering cerró la puerta, alumbrando hacia la entrada del despacho.

—No sé si va usted a creerme, profesor — empezó diciendo Saxon—. Pero tiene que hacerlo. Lo que yo he visto hoy no tiene antecedente. ¿Ha oído usted hablar de la actriz Jill O'Leary?

El científico sacudió su revuelta y blanca cabeza.

—Sólo entiendo de ciclotronimetría, mi joven amigo. Y sólo en teorías. Las actrices ya no me entusiasman... ¡Condenada oscuridad! ¿Qué pasa con la luz?

—La han apagado ellos.

—Traiga alguna bujía, señora Lund... ¿Ellos?

—Llegaron en una nave espacial y cayeron al mar. Jill y yo fuimos a explorar y ella desapareció. Durante todos estos días la hemos creído muerta. Pero hoy ha aparecido, ¡convertida en un ser distinto, que irradia luz, lee el pensamiento, y dice estar dirigida por unos seres, procedentes de algún lugar del universo, que necesitan energía eléctrica para continuar su singladura cósmica!

—¿Eh? ¿Qué me está usted contando?

El profesor Woldering regentaba una cátedra en la Universidad de Oxford, colaboraba con la Rank Organization y era uno de los cerebros más eminentes en física nuclear de Gran Bretaña. A pesar de todo esto, quedó desconcertado ante las explicaciones que le dio Saxon.

—Yo no puedo creer nada de eso, señor Harrison.

—¡Tiene que hacerlo! Sé que están absorbiendo toda la electricidad destinada a Londres. No sé cómo lo hacen, pero creo que ni con toda la energía eléctrica del mundo, durante varios cientos de años, conseguirán recargar sus acumuladores.

—¡Fantástico, amigo mío! ¡Imaginación no le falta! ¿Y dice que esa amiga suya, Jill O'Leary, se ha vuelto fosforescente?

—Sí.

—¿Cómo podría yo ver ese prodigio?

—Jill se encuentra en Downing Street, con el Primer Ministro. Allí está también mi jefe. Yo trabajo para el Servicio de Inteligencia. Pero temo que Jill, con su control mental, nos impida actuar por iniciativa propia. Por eso escapé. He tratado de que la Prensa informe al público de lo que está ocurriendo y luego se me ocurrió venir a verle a usted, por si en sus teorías hay alguna que pueda servirnos para atajar este inmenso peligro.

«Dentro de poco, todos los jefes de estado del mundo entero van a quedar sometidos a la voluntad magnética de Jill O'Leary. Nosotros hemos de convertirnos en francotiradores y actuar por nuestra cuenta, para salvar a la humanidad.

—¡Oh, todo eso es muy extraño! ¡Si esos seres necesitan energía, creo que se la podemos proporcionar. Hay fuentes inexplotadas de energía eléctrica! ¿Por qué no se presentan a nuestras autoridades y exponen sus necesidades? ¡No lo entiendo!

—¡Ellos, desean algo que puede arruinarnos! Parece que nos han estudiado, nos han hallado débiles o vulnerables y no han esperado a más. A Jill se la llevaron contra su voluntad...

—¡Hum! —atajó el profesor Woldering—. ¿Y qué puedo hacer

yo?

—Usted es un sabio. Su prestigio como científico e investigador en energía nuclear es mundial- mente conocido. Primero, debe usted creerme. Todo cuanto le he dicho es cierto. Luego, sin que nadie lo sepa, sin llamar la atención, debe usted investigar algo para contrarrestar el peligro que nos amenaza.

—Necesitaría información más completa, datos más exactos. Una investigación de ese tipo requiere tiempo, hombres.

—Haga usted lo que esté en su mano profesor. Yo haré lo que esté en la mía. Desde luego, si no queremos vernos sometidos por esa raza de seres eléctricos, tenemos que aunar todos nuestros esfuerzos. Desde luego, yo procuraré facilitarle todos los datos que obtenga. Usted, póngase en contacto con sus colegas internacionales y expóngales el asunto. Dentro de unas horas, no se hablará de otra cosa en todo el mundo, ¡puede estar usted seguro!

* * *

Saxon Harrison estaba totalmente equivocado. A la mañana siguiente, no salieron los periódicos, debido al apagón. Pero se restableció el suministro de electricidad y tanto la televisión como la radio, en sus boletines informativos, dijeron que «una vez reparadas las averías que ocasionaron el corte del suministro, producido por una falla técnica en una de las centrales de energía, se reanudaba la normal actividad y se rogaban disculpas por los trastornos causados».

Esto era todo. Mientras se desayunaba en un bar del West End, Saxon escuchó estas noticias v quedó estupefacto. Nada de cuanto estaba ocurriendo y que afectaba a toda la humanidad. ¿A qué obedecía todo ello? ¿Acaso Dahr-ak había logrado dominar al Primer Ministro británico? ¿Se había establecido un acuerdo con los invasores?

Sin apenas desayunar, Saxon utilizó el teléfono y llamó a la oficina de su jefe. Allí estaba San- dy Muir, quien le preguntó:

—¿Dónde te has metido, Saxon? ¡El jefe quiere que te presentes aquí inmediatamente!

—¿Está él ahí?

—No. Pero ha dado órdenes para que te localicemos.

—¿Y Jill O'Leary?

—¿De qué me hablas? ¡Vamos, Saxon; seguramente necesitarás tratamiento psiquiátrico! Dime dónde estás e iré a buscarte.

—¡Es un complot, Sandy! ¡Sólo hablaré con el jefe! Dile que volveré a llamarle... ¡Y no traten de localizarme porque sé

esconderme hasta de los que leen el pensamiento a distancia!

—No sé cuál es tu juego, Saxon. Pero yo, en tu caso, vendría aquí sin perder un momento. Pase lo que pase, nuestra obligación es obedecer órdenes.

— Como en el ejército, Sandy, cuando los jefes no están capacitados para el mando, nosotros hemos de asumir la responsabilidad de nuestros actos. Y eso estoy haciendo yo... ¡En estos momentos, con lo que sé, no obedezco más órdenes que las de mi conciencia!

CAPÍTULO VI

En las altas esferas políticas del mundo entero, se llegó a un acuerdo secreto v rápido. Ni siquiera hubo reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, ni tampoco se convocó el Consejo de Seguridad.

La llamada que el Primer Ministro efectuó a Washington y Moscú hizo que se estableciera inmediatamente un convenio universal. El presidente de los Estados Unidos tomó un «jet» y se trasladó a Londres en menos de cinco horas. Lo mismo hizo el Primer Ministro del Soviet Supremo.

La conferencia de los tres altos jefes de Estado se celebró, en el más riguroso secreto, en un aeródromo militar, al sur de Londres, a las once de la mañana. Y a ella asistieron, como invitados especiales, Jill O'Leary y el jefe de la «S.C.C.», Arthur Brahms.

El aeródromo fue acordonado por fuerzas especiales del ejército británico y así nadie se enteró de aquella reunión a la que asistieron los hombres más importantes de la política mundial, y a los que no fue posible ver ni siquiera a distancia, porque la conferencia tuvo lugar a bordo del avión del presidente de los Estados Unidos.

Lo primero que presenciaron los tres dignatarios fue una «exhibición» de Jill O'Leary, que les impresionó grandemente. Luego, la propia Jill explicó su historia, que fue escuchada con suma atención. El Primer Ministro Hawkins aclaró inmediatamente la situación, diciendo:

—Por mediación de la señorita O'Leary, hemos llegado a un acuerdo con el jefe de esa expedición, Dahr-ak, para restablecer el suministro de energía a Londres y su zona de influencia. Les he prometido mi ayuda a condición de que todo se mantenga, por ahora, en el más absoluto secreto.

—Me parece una medida muy acertada — admitió el Primer Ministro soviético—. Sin embargo, parece ser mucho lo que nos piden. ¿No hay manera de negociar?

—Son seres razonables — respondió Jill —. Lo único que desean es energía para sus acumuladores. Tengo el presentimiento de que están dispuestos a hacernos concesiones importantes de tipo técnico.

—De todo eso, naturalmente, hablaremos con calma — dijo el presidente de los Estados Unidos—. Hemos de aceptar todo lo que redunde en beneficio de la Humanidad. Pero... el precio, ¿no les

parece excesivamente elevado? ¿No existen otros medios para facilitarles la energía que necesitan sin quebrantar nuestra industria?

—Ellos lo han estudiado — dijo Jill —. Y parece que no.

—¿Dónde están?

—No lo sé, Excelencia. En algún lugar del fondo del mar.

Arthur Brahms no podía olvidar al desaparecido Saxon, y expuso aquel inconveniente.

—Sé que Saxon Harrison trata de actuar por su cuenta, imbuido por su dignidad humana. Mas, a pesar de los acuerdos que se tomen aquí, es conveniente no ser muy severos con su... llamémosle rebeldía. Sinceramente, caballeros, si accedemos a las pretensiones de esos seres, por razones de supervivencia, no podemos culpar a Harrison de su intento de rebelión.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el ruso.

—Uno de nuestros agentes secretos, hombre de recursos e ideas, que está fuera de control, pero no será por mucho tiempo. Sabemos que visitó anoche al profesor Woldering y habló con él.

—¡Hum! ¡Ese hombre puede ser capturado y enviado a presencia de Dahr-ak! —exclamó Jill en aquel instante —. Ésas son las órdenes que acabo de recibir.

Los tres altos dignatarios miraron fijamente a Jill. El Primer Ministro expuso:

—La señorita O'Leary es nuestro contacto con Dahr-ak... ¿Para qué quieren al agente Harrison?

—Dahr-ak tiene fundados motivos para considerar a Saxon Harrison como un peligro. Asegura que ha logrado librarse de su dominio. Su cerebro es sorprendentemente ágil y evasivo.

—¿Qué podemos hacer?

—Ya me ocuparé yo de él — declaró Arthur Brahms—. Ustedes cuiden- de convencer a sus Gobiernos de que el suministro, eléctrico sea dirigido hacia el lugar que ellos indiquen.

—Será tarea ardua convencer a mi Gobierno. ¿No puede usted prestarme su ayuda, señorita Jill O'Leary? —preguntó el Primer Ministro soviético.

—Lo haría con sumo gusto. Pero... Creo que mi misión ha terminado ya. El ultimátum está establecido.

—¿Y si, a pesar de todo esto, no acceden mis colaboradores? — preguntó el presidente norteamericano —. Nuestra industria necesita energía eléctrica.

—Si se oponen, Dahr-ak asolará el planeta.

—¡Pero si nos negamos y somos destruidos, ellos no podrán

obtener lo que pretenden! —exclamó el ruso.

—Me temo que no hay elección —afirmó el británico—. Si rehusamos, seremos eliminados. Hemos podido ver lo que han hecho con la señorita O'Leary. También tengo informes de cómo se apoderaron de la energía eléctrica de Londres durante la noche pasada. Son seres extraordinarios.

—¿Seres? —preguntó el presidente de los Estados Unidos.

—Lo que sean. Pero son superiores a nosotros. ¡Eso es innegable!

Ninguno de los tres dignatarios se percataba de que las ondas mentales de Jill estaban ya penetrando en sus mentes, «dominándoles». Era imposible que pudieran escapar al influjo magnético extrasensorial que les llegaba a través de ella.

¡Dahr-ak parecía tener ganada la partida!

—¿Qué tiempo nos dan para deliberar? —.inquirió el dignatario soviético.

—Dos o tres días —dijo Jill.

—Regresaré a Washington y reuniré una comisión técnica especial, para dictaminar al respecto. Desde luego, los restantes países deberán colaborar con nosotros. Pero insisto en que debe haber otros medios para facilitarles lo que desean sin tan alto sacrificio.

—Si lo hubiera, me lo habrían dicho — repuso Jill, la cual se envaró de repente, volviéndose a Brahms —: ¡Acabo de localizar a Sax, señor Brahms! ¡Se dirige en automóvil hacia Middlex!

* * *

Nada más detener el automóvil a la entrada de su residencia rural, en las cercanías de Middlex, Saxon Harrison se vio rodeado por un compacto grupo armado de agentes de seguridad, que le conminaron a estarse quieto, mientras alguien se acercaba por detrás y le esposaba las manos.

Saxon suspiró resignadamente y dijo:

— Creo que es mejor así. Estaba deseando que me apresaran.

—Lo siento, señor Harrison. Cumplimos órdenes. Dentro de poco llegará un helicóptero procedente de Londres —replicó uno de los jefes del grupo.

Entonces supo Saxon que les habían dado órdenes por radio de esperarle y detenerle. Las instrucciones emanaban de New Scotland Yard.

Ni siquiera le permitieron entrar en el chalet. Le llevaron a uno de los coches, salidos de no sabía dónde, y le obligaron a permanecer allí sentado y rodeado de agentes, hasta que en el aire

zumbó el motor de un helicóptero oficial.

Antes de posarse el aparato en tierra, Saxon vio a su jefe en el interior de la cabina. Momentos después, Arthur Brahms, Sandy Muir y Tony Young se acercaban y hablaban con el jefe de las fuerzas de seguridad. Luego, se aproximaron hasta Saxon.

—Hola, «francotirador» —saludó Brahms, con una triste sonrisa —. ¿Qué tratabas de realizar? ¿Una pugna contra lo imposible?

—Al menos, no ser traidor a mí mismo, jefe — dijo Saxon, saliendo del coche;—. ¿Han claudicado todos?

Brahms no respondió. Tomó a Saxon del brazo y se lo llevó hacia el helicóptero. Sandy Muir, sonriendo, dijo:

—Hubieras hecho mejor yendo a la oficina.

—Todo cuanto yo haga en este asunto será contra mi voluntad... ¡Siempre! ¿Me entiendes, Arthur?

—Sí, Y creo que haces bien. Pero es inútil. Jill ha dicho que Dahr-ak desea verte.

—¡Y yo deseo verle a él! ¡Al menos he conseguido algo!

—Si regresas será convertido en un cordero.

—Contra mi voluntad. Escucha, Arthur, ¿es que no te das cuenta de que hemos estado haciéndoles el juego? Querían ver al Primer Ministro, y nosotros llevamos a Jill... ¡Alguien tiene que oponerse!

—¿Y qué has conseguido?

—Demostrar, al menos, que no somos corderos... todavía.

—¡Bravo, Sax! ¡Te darán una medalla por eso! — ironizó Brahms.

—Me he jugado la vida numerosas veces por cuestiones menos importantes. Ahora no podía ser menos.

Subieron al helicóptero y se acomodaron. Cuando el aparato despegó, Saxon pidió:

—Quítame estos hierros, Arthur.

—Lo siento... Tenemos órdenes de llevarte a cierto lugar de la costa y dejarte caer al mar. Lo haremos antes de arrojarte.

—¿Eh? ¿Y os prestáis a esa vileza? ¿Conmigo?

Arthur Brahms pareció encogerse sobre sí mismo. Sin embargo, dijo:

—Jill nos ha dicho que te recogerán bajo el agua y serás llevado a presencia de Dahr-ak.

—¿Y si no es cierto? ¿Por qué no me tiras con esposas?

—Te librarías de ellas en pocos segundos y saldrías a flote... ¡Escucha, Sax! Yo no he venido de las estrellas en una nave lumínica. Soy un peón más en un juego que no comprendo, ni me gusta. Y si quieres que te diga lo que siento, ¡has sido tú quien me

ha metido en esto!

—Perdona, Arthur. Creí que eras un amigo.

—¡Y lo soy, demonios! ¡Pero tengo algo aquí dentro, como incrustado en las células cerebrales, que me induce a actuar en contra de mí mismo! ¡Eso hará toda la Humanidad dentro de muy poco, empezando por los grandes dirigentes políticos y acabando por el último esquimal de Groenlandia! ¡Es como si fuera la voluntad de Dios!

—Acatémosla —musitó Saxon—. Y, sin embargo, la Tierra se mueve. ¿No dijo alguien una cosa así?

—Si tratamos de resistirnos, hasta el planeta dejará de moverse, Saxon —replicó Brahms.

—¿Y si alguien les encuentra el talón de Aquiles? ¡Debe existir un medio para que los pigmeos se defiendan de los gigantes, Arthur! Yo he tratado de hallar ese medio. Fui a ver al profesor Woldering, quien me prometió investigar el asunto.

—Woldering se puso en contacto con nosotros. Le dijimos que le habían tomado el pelo y que tú eras una especie de loco pacífico que anda por ahí inventando historias fantásticas. No sé si le convencimos, pero está vigilado.

—¿Y Jill?

—Está descansando en nuestra sede de Bromley.

—¡Bonita rendición, Arthur! ¡El «S.C.C.» al servicio de una potencia extragaláctica! ¡La Humanidad amenazada de exterminio y vosotros inclinando la cerviz ante el enemigo!

»De veras, Arthur. Tengo ganas de vérmelas con Dahr-ak para decirle que han elegido un buen planeta, habitado por una raza sumisa y dócil, cuya historia bélica y agresiva sólo fue escrita por seres primitivos e incultos. La civilización y el progreso han traído la cobardía. Éste es nuestro primer contacto con los famosos seres del espacio... ¡El primer infamante contacto!

—Espero poder hablar contigo de esto alguna vez —repuso Brahms, secamente.

—¡Bah! Me das pena, amigo mío. ¿A dónde me lleváis?

—- Hacia la desembocadura del Támesis, al norte de Sheerness. Veremos una mancha circular, fosforescente, bajo las aguas. Allí te dejaremos caer, desde poca altura.

* * *

Saxon Harrison sólo se había despojado de los zapatos y la chaqueta, entregando estas prendas a Arthur Brahms. No sentía inquietud alguna. Jill O'Leary había pasado por algo semejante a lo

que iba a ocurrirle a él. Pero sí sentía una viva curiosidad.

El helicóptero se hallaba ahora suspendido a unos seis metros del agua, rizando las olas, que aparecían como teñidos de amarillo brillante en un radio de diez o doce metros.

—Ahí abajo está la nave de Dahr-ak —dijo Saxon, alzando la voz, porque el piloto había abierto la compuerta—. ¿Por qué, en vez de lanzarme a mí al agua no se os ha ocurrido venir con una bomba atómica? ¡Tal vez se acabaran nuestros males!

—No digas tonterías, Saxon — repuso Brahms secamente—. Salta ya.

Sandy y Tony, muy serios, tendieron la mano a Saxon.

—Suerte, camarada.

—Si Jill O'Leary volvió, también puedes hacerlo tú — añadió Tony Young.

—Sí... Tal vez.

Saxon miró a su jefe por última vez. Luego, entornando los ojos, saltó al exterior y cayó sobre las aguas. Inmediatamente abrió los ojos y braceó, tratando de subir hacia la superficie. Pero notó algo extraño que tiraba de él hacia el fondo y, por más esfuerzos que hizo, iba hacia abajo en vez de ir hacia arriba.

Dejó de oponer resistencia e invirtió la posición. Ahora pudo ver bajo él, a escasos metros, como una plataforma dorada, amplia, de la que surgía la fosforescencia de las aguas.

Algo le atraía con fuerza hacia el centro de aquella plataforma circular, donde creyó ver formarse burbujas. Sin gafas de inmersión, no podía distinguir claramente qué clase de objeto le absorbía.

De pronto, Saxon se encontró envuelto en una densa masa de burbujas, a la vez que se abría una abertura bajo sus pies. Tuvo la impresión de que el diafragma de una cámara fotográfica se abría para engullirle, mientras el agua era despedida por una fuerte presión de gas.

Saxon notó también, al mismo tiempo, un intenso aturdimiento que le obligó a cerrar los ojos y llevarse las manos a la cabeza. Se dio cuenta de haber caído, de costado, sobre un suelo duro. Ya no le envolvía el agua, pero sus ropas estaban mojadas.

Sobre su cabeza se había cerrado el «diafragma» y la más completa oscuridad le rodeaba. Allí fue donde perdió la noción de la realidad, pero él ni se dio cuenta siquiera. El aturdimiento desapareció, dejándole sumido en una especie de lasitud o desfallecimiento que apagó incluso sus ideas.

Después, no estaba seguro si fue a los pocos segundos o años más tarde, se encontró sentado en algo semejante a una silla

metálica, con abrazaderas en sus piernas, brazos y pecho, que le impedían todo movimiento.

Tampoco estaba seguro de que todo cuanto le rodeaba fuera normal o imaginario. Pero sí intuyó que se encontraba dentro de una pequeña cámara, en donde todo cuanto había allí no era de origen terrestre, y menos podía ser comparado con algo conocido.

¡Era como si estuviera en un mundo distinto!

Le zumbaban los oídos, su corazón latía aceleradamente y sentía vértigos. De modo confuso e incoherente, llegó a formularse esta pregunta:

«¿No estaré muriéndome?»

Luego, ante una serie de tubos transparentes, que se entrecruzaban armónicamente, empezaron a formarse diminutos puntos de luz vibrante. Surgieron primero seis u ocho, agitándose como si trataran de escapar a las invisibles fuerzas magnéticas. Su número aumentó rápidamente, llegando en pocos segundos a ser incalculables… ¡Pero Saxon tuvo la certeza de que se trataba de un ser viviente que se manifestaba ante sus ojos de aquel modo!

¡Dahr-ak, tal y como lo había descrito Jill!

—Sé bien venido al vehículo cósmico de Dahr-ak, terrestre —oyó Saxon como si una voz repercutiera en su cerebro, a la vez que se disipaba su lasitud—. Debes disculpar la sujeción a que te hemos sometido. Queremos evitar un accidente. Aquí tenemos circuitos muy delicados y frágiles que podrían estropearse ante un acto de violencia.

»Nos hallamos perplejos ante vuestras reacciones. Sois seres muy primitivos y extraños, que actuáis por impulsos irreprimibles de escaso voltaje.

—¿Somos eléctricos? —preguntó Saxon, sorprendido.

—Por supuesto — contestó aquella modulación mental que Saxon percibía en su cerebro, mientras en la pantalla multidimensional que tenía delante se agitaban continuamente los flóculos de luz—. Vuestro cerebro es un centro motor que ordena al cuerpo por débiles impulsos eléctricos.

»Si nosotros poseyéramos tan débil interacción, posiblemente asimilaríamos la materia de que estáis compuestos y podríamos tener un aspecto tan grotesco y cómico como el vuestro.

Saxon empezaba a sentirse seguro de sí mismo. Rechazando la incógnita de lo que pudiera ocurrirle, volvía a dominar sus ideas, pensaba con claridad y hasta se podía permitir el atrevimiento de ser irónico y burlón.

—¡Jamás creí ser grotesco! — exclamó —. Aunque prefiero ser

como soy a parecer como un confuso montón de átomos iluminados.

—Acertaste. Eso somos… Átomos agrupados para servir a una función suprainteligente. Pero vosotros también sois materia primaria compuesta de átomos encadenados y minúsculos. Existen átomos inmensos y átomos insignificantes… ¡Todos, sin embargo, tienen un límite de existencia!

CAPÍTULO VII

—No te violentes, Saxon Harrison. No hace mucho, aunque el concepto de tiempo es muy relativo para nosotros, tuve el placer de examinarte de cerca. Tú nadabas en inmersión cerca de donde estábamos nosotros, ocultos bajo la arena del fondo del mar, próximos a Nordwij aan Zee, ante la costa holandesa.

»Te explico esto para que comprendas que asimilamos rápidamente los conocimientos que hay en vuestras mentes. Las débiles ondas magnéticas de vuestros cerebros son ampliadas por nuestros circuitos y traducidas al lenguaje universal de la lógica razonada.

»Muy simple y sencillo. Podemos estudiaros incluso desde millones de kilómetros de distancia. Todo el universo está compuesto de energía o electricidad, no importa el nombre. Todo se comunica, todo está conectado, enlazado, unido, como lo están por ondas continuas Andrómeda y la Vía Láctea... ¡Como lo estamos tú y yo ahora!

—Pues no puedo tocarte — dijo Saxon —. Me gustaría ver tu nariz y tener la satisfacción de poder aplastártela. Aunque no lo hiciera, me serviría de consuelo.

—Eres prosaico, como decís vosotros. Yo no tengo en cuenta esas intemperancias propias de vuestro carácter individual. Os costará mucho progresar debido a esa constante desunión que os domina. Pero a mí no me importa, porque algún día nos iremos de aquí y no volveremos a vernos más.

»No hemos venido a dominar nada. No queremos ni siquiera cambiar un átomo de vuestro pequeño mundo. Necesitamos energía y la tomamos. Para nosotros, vosotros no significáis nada. ¿Qué significa para ti una mota de polvo? ¡Nada! ¡Lo mismo sois vosotros! ¿Crees que yo gozaría con exterminarte? No habría placer en ello. Con proponérmelo únicamente, dejarías de vivir.»No, Saxon Harrison. Tú has representado desde el primer instante una especie de débil resistencia a nosotros. Digo débil porque la pudimos vencer, de haber querido. Sin embargo, optamos por atraer a Jill O'Leary, cuyo organismo positivo y semejante al nuestro nos facilitaba las cosas.

«Vosotros, los hombres, por así decirlo, sois de interacción negativa. Las mujeres son positivas. De ahí vuestra atracción y repulsión mutua, bajo, el influjo energético. La naturaleza no hace

las cosas a capricho. Para vuestro desarrollo, necesitáis dos sexos, opuestos, naturalmente. De ahí la atracción.

—¿Quiere eso decir que tú eres una mujer?

Saxon tuvo la impresión, después de su pregunta, que Dahr-ak se rió de él.

—No puedes compararme con vosotros. No me parezco en nada. El único punto de semejanza que tenemos es la energía. Pero vosotros estáis por debajo de cero voltios y yo estoy muy por encima del cero. Si llegaras a tocar alguno de mis átomos, serías electrocutado. Pero me ha hecho gracia tu pregunta. Eres ingenuo. No me comprendes porque nos separa un inmenso concepto técnico y filosófico. Lo que no se conoce no se puede comprender.

«Nosotros, además, carecemos de sexo. No lo necesitamos, porque no nos reproducimos, sino que nos formamos por condensación. Así, somos más grandes o más pequeños, según la cantidad de átomos que componen nuestro…, bueno, debemos decir organismo.

»Estoy tratando de adaptar nuestra realidad a tu mentalidad, aunque dudo que lo comprendas.

—¡No soy tan tonto como parezco!

—Con respecto al promedio de tus semejantes, por supuesto que no eres tonto. En comparación conmigo… Lo siento, Saxon Harrison, no quiero herir tu susceptibilidad, pero eres la mota de polvo del ejemplo.

—Gracias. Ya tenemos puntos de referencia. ¿De modo que nuestras mujeres son de polo positivo y nosotros de polo negativo?

—Exactamente. Sin embargo, repito que vuestra energía es de muy escaso voltaje y reducida frecuencia. Eso os permite un equilibrio continuo. La energía eléctrica aproximativa, la que oscila entre unos cientos de voltios, no os perjudica. Pero sabéis muy bien que si entráis en contacto con el alto voltaje, las consecuencias son fatales.

—Sí, lo sabemos.

—Eso no es casual, ni mucho menos. Corresponde a consecuencias lógicas de los campos eléctricos. Yo, por ejemplo, absorbo una corriente de un millón de voltios sin alterarme. Mi campo de interacción está entre los cien millones de mega- vatios.

—¡Caramba! —exclamó Saxon—. Eso es electricidad y no lo que tenemos nosotros en las pilas de los transistores.

—Ciertamente —replicó Dahr-ak—. Y si una de vuestras primitivas naves espaciales pudiera penetrar, cosa imposible, en nuestro mundo estelar, para nosotros no representaría en absoluto

gasto o consumo alguno el facilitaros unos cientos de miles de voltios para continuar el viaje, si fuera necesario.

»La cuestión es diametralmente opuesta en el caso actual. Somos nosotros los que estamos necesitados de energía. Pero, sabemos que dándonos toda la que tenéis, no alimentamos ni siquiera la décima parte de uno de los múltiples reactores de impulsión.

«Confesamos nuestro error al aventurarnos en una zona del universo en donde la interacción magnética es prácticamente nula. Nos conviene salir cuanto antes de aquí y alcanzar los campos intergalácticos, donde la energía es infinitamente superior. Pero carecemos de medios para impulsarnos.

»Por esto nos hemos visto obligados a «materializarnos» tal y como nos ves, y aterrizar aquí. Hemos calculado que dentro de mil años, acelerando vuestra producción eléctrica, podremos reanudar la marcha.

—¿Y hemos de estar produciendo energía para vosotros la friolera de mil años? ¿Dónde estaré yo entonces?

—Posiblemente, convertido en partícula eléctrica y metido dentro de nuestros acumuladores. Aunque supongo que eso no debe inquietarte.

—¡Por supuesto, en absoluto! —replicó Saxon—. Después de unos cien años, me tiene sin cuidado lo que ocurra conmigo. Lo único que me preocupa algo es lo que pueda ocurrir ahora. ¿Voy a ser eliminado por tratar de defender a mi raza del peligro que representa vuestra presencia aquí?

—No. Nosotros no queremos eliminar a nadie. Ni creemos ser un peligro, adoptando las debidas precauciones. No puede ser esto, desde luego, un centro de atracción turística. Pero podemos entendernos perfectamente a distancia. Las ondas de nuestros pensamientos llegan perfectamente hasta Jill O'Leary.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Eres el único que ha ofrecido oposición a Jill.

Saxon trató de sonreír.

—¿Están seguros vuestros ordenadores de conocer bien a esa chica?

De nuevo Dahr-ak debió sentirse regocijado. Saxon captó los impulsos hilarantes.

—Ni uno solo de sus pensamientos se nos escapa.

—¡Vaya, eso es suerte! Quiero a Jill desde antes de hacerse actriz y todavía no sé si debo casarme con ella. Pero, tal y como la habéis dejado, con esa fosforescencia lumínica tan atrayente, no creo que me case con ella.

—La energía que le hemos facilitado se consumirá con las «exhibiciones» previstas y Jill O'Leary volverá a ser una mujer normal —respondió Dahr-ak.

—¡Vaya, eso me alegra!

—Te repito que no queremos causar daño a nadie.

—¿Y si los Gobiernos se niegan a facilitaros la energía que exigís? ¿No habéis amenazado con aniquilar la Humanidad?

—Sí, pero sólo para obtener energía de la superexplosión que se producirá al reventar este planeta. Eso, desde luego, no nos conviene. Absorberemos de la deflagración una cantidad muy reducida de megavatios. En cambio, produciendo energía al máximo rendimiento, durante mil años habremos acumulado la suficiente electricidad para poder llegar al campo interactivo más próximo, situado a varios cientos de años luz de distancia, donde nos aprovisionaremos de energía cósmica.

Saxon, que estaba dándole vueltas a una idea inconcreta, se atrevió a preguntar:

—¿Os importa mucho aguardar mil o mil cien años? Quiero decir si el tiempo de espera tiene mucha importancia para vosotros.

—No, por supuesto. Igual podríamos esperar dos o tres mil años. Nuestro tiempo es distinto al vuestro. He realizado las conversiones para tu comprensión.

—Entonces, ¿por qué queréis toda nuestra producción eléctrica? Anoche, estuve hablando con uno de nuestros sabios y le expuse la pretensión que nos transmitió Jill. El profesor Woldering estima que, si vosotros poseéis una técnica tan avanzada, no os resultaría difícil facilitarnos algún procedimiento para poder producir electricidad a gran escala. Ello nos beneficiaría mucho en nuestro propio progreso y, al mismo tiempo, solucionaría vuestro problema.

—Esa cuestión fue computada y resultó obviamente negativa —repuso Dahr-ak—. Existen muchísimas razones que nos impiden facilitaros técnicas avanzadas de producción de electricidad. Una de ellas, la más importante, es que os daríamos los medios para realizar, o crear, seres energéticos, como nosotros.

—¡No creo que sea para tanto! —exclamó Saxon—. ¿Para qué íbamos a querer nosotros seres de ese... aspecto? Realmente, lo que deseamos es que os marchéis cuanto antes de aquí. Pero no podemos quedarnos sin electricidad.

—¡Habréis de hacerlo!

—¿Por qué no esperáis un poco más, por otro lado, y nos dejáis, al menos, unos millones de kilovatios para nuestro consumo? Podríamos crear centrales atómicas de grandes proporciones y

repartir la producción. Estas soluciones intermedias suelen ser beneficiosas para todos.

—¿Olvidas que seguimos considerándoos como una partícula de polvo?

—Si yo pudiera penetrar en un termitero, donde las termitas produjeran algún tipo de energía, que me interesara para mi subsistencia, no sería tan exigente —replicó Saxon dignamente—. Las motas de polvo pueden introducirse en un ojo y causar daño.

—Vuestras amenazas no nos inquietan en absoluto.

—¿Y crees que yo estoy temblando de pánico? — preguntó Saxon.

—Eres muy osado, Saxon Harrison — declaró Dahr-ak—. Pero insignificante.

—Expongo mi sentir, y el de mi raza, con realismo. Aquí somos todos muy comerciantes. Os damos y nos dais. Dejemos ahora vuestro poder inmenso y vuestra grandeza. Poseéis una técnica superior. Dadnos algo importante, para convencer a la gente de la conveniencia de ayudaros y nos dedicaremos todos a producir electricidad. En realidad, para subsistir sólo hemos de realizar algo. El trabajo, sea de un tipo o de otro, nos permite comer. Estamos organizados así.

—¿Y si nosotros os liberásemos del trabajo? — preguntó Dahr-ak.

—¿Cómo?

—Dándoos un modelo de robot perfecto, que se reproduce a sí mismo proporcionándole los materiales adecuados, y que, una vez en número suficiente, podría realizar el trabajo que hace cada uno de vosotros.

—¿Es posible eso? —preguntó Saxon.

—Por supuesto que sí. Incluso, los «ceks» pueden colaborar en la producción de energía eléctrica.

—Tengo la impresión de que la humanidad aceptaría ese trato — dijo Saxon.

—¿Lo aceptas tú?

—Privadamente, sí. Pero debe someterse a referéndum... ¡Oh, entiendo! Habría millones de criterios distintos. Más no importa. Jill O'Leary está en condiciones de convencer a los jefes de estado del mundo entero. Yo puedo ayudarla.

—Lo harás, Saxon Harrison. Pero antes de salir de aquí, deseamos poseer un control absoluto de tu mente, para poder dirigir tus ideas y transmitir nuestros pensamientos.

—¿Vais a hacer que me vuelva luminoso, como Jill?

—En cierto modo, sí. Pero ya basta de exhibicionismo. No debemos malgastar la energía en métodos de persuasión. Sólo estableceremos vínculos de comunicación. Para ello, debes permanecer varios días con nosotros, en una cámara especial de ionización.

«Mientras, crearemos un «cek» que te acompañará continuamente. Se me ocurre que podemos crear un tipo androide, semejante a vosotros, para que no extrañe demasiado. El propio «cek» irá provisto de un circuito de reproducción que le permitirá crearse a sí mismo, o sea duplicarse.

—¿El robot se reproducirá a sí mismo? —se sorprendió Saxon.

—Exactamente. Y cada nuevo ejemplar de sí otro nuevo «ceks».

—Pero… ¿no correremos el peligro de una superproducción de esos aparatos?

—No. Se reproducirán siempre y cuando tengan los medios y el material para hacerlo. Cuando les falte algo, no podrán reproducirse. Son aparatos complicados y no todas sus piezas esenciales están al alcance de la mano.

»Un «ceks» lleva consigo un generador de materia y un transmutador de energía. Debido a esto, adquiriendo únicamente la materia prima necesaria, o su equivalente transmutable, se reproducirá. El prototipo sólo puede reproducir otros «ceks»; éste reproduce un tercero, y él tercero, un cuarto, y así sucesivamente.

—¿Hasta que no tenga el último materiales para reproducirse?

—Exactamente —contestó Dahr-ak—. Entonces, se interrumpirá la producción de «ceks». Debes tener en cuenta que esos «robot-ceks» son seres mecánicos, creados para el trabajo. No necesitan descansar ni reponer energías. Sus programas de trabajo se establecen por medio de instrucciones. Se les da una orden y, si ésta es correcta, la realizan. ¡Pero también realizan las órdenes incorrectas que se les den, y en tal caso, lo que salga será horrible!

Saxon Harrison, que había esperado no salir de aquella aventura, después que su propio jefe, Arthur Brahms, le obligara a lanzarse al mar desde el helicóptero, se encontraba, de pronto, con una magnífica oportunidad, no sólo de regresar a Londres, sino de hacerlo en compañía de un robot, a todas luces maravilloso, obsequio de los extraños señores del cosmos, a cambio de la ayuda que todos lo estados del mundo debían prestarles en la producción de energía eléctrica.

—Desde luego, me siento más que satisfecho — respondió Saxon.

—Nosotros también —reiteró Dahr-ak—. Sabemos la gran estima

que nuestra colaboradora, Jill O'Leary, siente por ti y no queremos que hombre tan íntimamente ligado a ella ofrezca resistencia a nuestras intenciones.

»Desde luego, tomaremos en cuenta la posibilidad de reservar alguna parte de la energía que se produzca para las necesidades técnicas e industriales de la Tierra, en el supuesto de que, por medio de receptores o grandes centrales termonucleares, se aumente la producción eléctrica.

—Creo que hasta se podrán sumar al esfuerzo colectivo las viejas centrales térmicas, ahora en desuso, las centrales hidráulicas y hasta las maremotrices que se ensayaron hace algunas décadas — dijo Saxon—. El profesor Woldering está convencido de que no sólo podemos aumentar nuestra producción de energía eléctrica al doble de la actual, sino que, en pocos años, se puede obtener diez o veinte veces más.

—Tal vez hayamos subestimado vuestra capacidad de producción — admitió Dahr-ak —. En tal caso, todos nos sentiremos muy felices.

—Bien, pues no perdamos el tiempo, amigo Dahr-ak. Abreviemos los trámites y pactemos. Yo no represento más que a mí mismo, pero conozco sobradamente a mis coterráneos. Y si algo me parece bien a mí, a la mayoría de ellos les parecerá lo mismo.

—De acuerdo —concedió Dahr-ak—. Ahora, vas a sufrir un inofensivo desvanecimiento. Te Trasladaremos a la cámara de ionización y, antes de una semana estarás en condiciones de volver a Londres.

—Perfectamente... ¡Y no olvides el «ceks»!

—No lo olvidaremos —respondió Dahr-ak—. Haremos que en tu mente surja el deseo de volver a ver al profesor Woldering, de quien deseamos obtener una información complementaria.

—¡Puedo ir a verle sin coacción! —exclamó Saxon.

—La inducción a un acto no es coacción — replicó Dahr-ak—. Al haberse establecido una comunicación directa entre nosotros, no importa donde estés, sentirás nuestra llamada y podrás argumentar las objeciones que quieras. Nosotros habremos computado ya la necesidad de un acto y cualquier orden será irrebatible, como tú mismo comprenderás.

»Habrá más entendimiento entre nosotros. Y por ello, defendiendo nuestros mutuos intereses, irás a ver al profesor Woldering y le expondrás nuestros deseos de una información precisa y completa sobre algo que todavía consideramos un fenómeno extraño.

—¿De qué se trata? —quiso saber Saxon.

—Estoy pensando en la electricidad atmosférica que se desperdicia en cantidades enormes cuando estalla una tormenta. Las moléculas del aire chocan entre sí, a distintas temperaturas, y se produce un consumo enorme de energía que no beneficia a nadie.

»Si tuviéramos más información técnica sobre ese fenómeno metereológico, tal vez pudiéramos aprovechar la gran cantidad de energía que se malgasta.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó Saxon—. Y hasta estoy seguro de que si encontramos el procedimiento para dirigir los rayos y las centellas hasta vuestros acumuladores, muchos de mis coterráneos se sentirían dichosos.

—Estudiaremos el fenómeno, que puede ser interesante. Esas descargas atmosféricas hacen oscilar ligeramente nuestros indicadores. Ello quiere decir que es energía aprovechable.

—Hablaré con Woldering y con quien sea preciso de los servicios meteorológicos. Si pudierais llevaros toda la electricidad atmosférica que envuelve la Tierra y dejásemos sólo el viento suave y la lluvia fina, sin tormentas, este planeta se convertiría en un paraíso.

CAPÍTULO VIII

Saxon Harrison se encontró, al salir del agua, en una playa desierta, próxima a Tilbury. Estaba empapado y confuso. Ni siquiera podía explicarse cómo había llegado hasta allí. Se había recobrado, de repente, y se encontró a sí mismo nadando a favor de las olas.

Al tenderse en la arena, le asaltó un cúmulo de recuerdos. Volvió a vivir su aventura, desde el instante en que fue capturado por los agentes de seguridad y entregado a su jefe. Arthur Brahms, quien le llevó hasta la nave de Dahr-ak, obligándole a lanzarse al mar.

Y, extrañamente, pareció encontrarse de nuevo dentro de aquella cámara de extraordinarios objetos, ante la luz flocular y corpuscular que emanaba de Dahr-ak.

—¡El «ceks»! —exclamó Saxon, de pronto.

Se puso en pie sobre la arena húmeda. Y vio algo metálico y brillante que avanzaba por el agua, caminando dentro de ella.

Parecía un casco plateado, con algo así como ventanillas oblicuas en vez de ojos, una ranura circular en vez de boca y nariz, ¡y rejillas acústicas en lugar de orejas!

Después emergió el tronco, los brazos... ¡Y unas manos metálicas y articuladas, semejantes a la mano humana, que echaban el agua hacia atrás!

Por último, surgieron del agua dos sólidas piernas, precisas y flexibles, y los pies, recios, firmes, articulados, que se movían con mecánica precisión.

Era un magnífico robot androide, nada espantoso y más bien parecido a un diseño de los cuentos de fantasía infantiles.

Saxon sabía —porque en su mente quedaban recuerdos de las peculiaridades del «ceks»— que sólo le faltaba hablar. Era mudo. Pero sus circuitos impresos captaban el tono de la voz humana y la obedecía dócilmente.

—Eres admirable, «ceks» — dijo Saxon, cuando el robot se detuvo cerca de él, quedándose rígido—. Estoy pensando en el efecto que vamos a causar cuando nos vea la gente por la calle. Si no nos toman por alguna clase de anuncio publicitario, la policía nos hará preguntas.

El «ceks» continuó impasible. Saxon observó que sobre su «vientre» había una especie de puerta. Cuando el «ceks» debía reproducirse, sus propias manos abrían aquella trampilla, «ingería» los materiales adecuados para su reproducción y luego sacaba y

montaba las piezas que reproducirían exactamente otro «ceks».

—Bueno, amigo mío. No sé dónde estamos. Pero algo me dice que debemos caminar tierra adentro. Si encontramos algún camino, la seguiremos. ¿En marcha?

El robot echó a andar detrás de Saxon. Eligieron una senda, y poco después vieron una serie de casitas de campo y un camino polvoriento. Una pareja de cierta edad paseaban por el camino. La mujer se detuvo al ver a Saxon y al robot, pero no dijo nada. El hombre, en cambio, retrocedió.

—No se alarmen — les gritó Saxon desde lejos—. Trabajamos para el cine.

Esta explicación hizo sonreír a la pareja, que dejaron acercarse a Saxon. Pero el robot les fascinaba.

—¿Qué es?

—Un muñeco mecánico accionado por radio. Lo dirigen mis compañeros desde la costa.

—¡Ah!—¡Es extraordinario lo que hacen ahora por medio de la electrónica! — exclamó el hombre.

—No lo sabe usted bien, señor mío. ¿Qué camino es mejor para ir a Londres?

—¡Hum! Debe seguir éste hasta la carretera. Por allí pasa un autobús cada hora. También puede ir a la estación del ferrocarril... Pero queda algo lejos.

—¿Puedo telefonear desde aquí?

—Sí, por supuesto. Nosotros tenemos teléfono.

—Si son tan amables...

—No faltaba más. Venga... ¿Viene eso también?

—¡Claro! Me sigue a todas partes.

En casa de los Thorpe, como se llamaba el matrimonio, una doncella se puso a gritar. La señora hubo de explicarle que «ceks» era un robot electrónico, hecho para el cine, y esto tranquilizó a la sirvienta.

Mientras, Saxon llamaba a la oficina de Arthur Brahms, al que escuchó al otro lado del hilo telefónico.

—Aquí Brahms.

—Hola, jefe.

— ¡Saxon! ¿Dónde estás?

—En una colonia veraniega, próxima a Tilbury... West Sens, me han dicho que se llama. Deseo que venga alguien a buscarme. No estoy solo.

—¡Ahora mismo te envío a «15» y «8»!

—¿Todavía no has podido librarte de ellos? ¿Y Jill?

—Está en Nueva York... ¡Creí que no volvería a verte!

—Soy indestructible, jefe. Prepárate para la sorpresa que te espera.

—¿Algo gordo?

—¡Esto es mucho más gordo que la fosforescencia de Jill! Tiene el nombre genérico de »ceks», pero yo le llamaré «Rippi»... Es mejor que vengas con los chicos y una furgoneta cerrada. Llamamos la atención por todas partes.

—¿Qué es?

—Un robot construido por ellos.

—¡Demonios amarillos! ¿Qué significa eso? ¿Nos envían vigilancia?

—Corta la música, Arthur, y date prisa en venir a ver mi regalo. ¡No me he olvidado del baño!

—¡No me guardes rencor, Sax; no fue cosa mía!

—Ya hablaremos de eso. Hasta pronto, jefe.

* * *

«Rippi» subió con facilidad a la furgoneta, utilizando las manos y las piernas. No parecía pesar más de cien kilos y se movía con ligereza y flexibilidad, para asombro y desconcierto de los tres hombres llegados de Londres.

— Adiós, y gracias por todo, señor Thorpe — dijo Saxon, antes de subir al vehículo.

—Ha sido un placer, amigo.

Sandy Muir estaba al volante, como agarrotado a él. Tony Young, que había descendido, para ver de cerca el robot, subió a la parte trasera, con Saxon y Arthur Brahms.

Al ponerse la furgoneta en marcha, ya cerrada la puerta, Saxon dijo:

—Siéntate, «Rippi».

El «ceks» dobló las piernas y se sentó en el banquillo lateral, donde permaneció inmóvil.

—¡Habla, condenado! —exclamó entonces Brahms—. ¿Qué diablos es esto?

—Algo diabólico, por supuesto. He pactado con el diablo de la luz.

—¡Tú eres capaz de eso y de mucho más! ¿Y esto?

—Un robot que nos liberará a todos del trabajo. Obsérvale. Tiene manos de acero o algo mucho más duro. Puede reproducirse a sí mismo, si le damos los materiales adecuados.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te han dicho? ¿Para qué te querían? ¿Por

qué te han dado esto? ¿Qué sentido tiene?

—¿Quieres una demostración de la sabiduría de «Rippi»? ¡Para, Sandy, y deja que conduzca «Rippi»!

—¿Cómo? ¿Un robot conductor?

—No sólo conductor, sino también obrero, dibujante, arquitecto, médico, mecánico... ¡Y todo lo que se le mande!

—¡No!

—Lo siento, Arthur... Es así.

Sandy había detenido la furgoneta. Dejó el asiento del conductor y retrocedió, situándose junto a Tony Young, mientras que Saxon decía al «ceks»:

—Ahora, «Rippi», vas a tomar el volante. Procura no ir muy aprisa y conduce por la izquierda, arrimado a la cuneta. Como no tomes bien la primera curva, dejarás de ser mi chófer.

El «ceks», imperturbable, ocupó el asiento dejado por Sandy y, como si lo hubiera hecho siempre, puso en marcha el motor, puso la primera y colocó perfectamente sus pesados pies sobre los pedales.

La furgoneta arrancó sin brusquedad, suavemente, enfilando la carretera con pericia. Y no sólo esto, sino que, unos kilómetros más allá, un vehículo parado obligó al «ceks» a efectuar una maniobra hacia el centro de la carretera, y la hizo correctamente, sin omitir siquiera la señal de intermitencia.

Detrás del robot, los cuatro hombres contenían el aliento.

El «ceks» tomó la curva con facilidad. Se detuvo más allá, ante un paso a nivel cerrado y aguardó a que se elevase la barrera para reanudar la marcha.

—¡Es un robot inteligente! —exclamó Arthur Brahms.

—No hay duda.

—¿Y dices que puede reproducirse a sí mismo?

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Evidentemente, hay que meterlo en un almacén de material eléctrico. Él se encargará de elegir lo que le conviene.

—¡Podía hablar! —exclamó Sandy Muir.

—No habla —dijo Saxon—. Para oír tonterías, contigo tenemos bastante. Pero hace todo lo que le pides, sin rechistar. Y hasta es capaz de bailar el «hanger».

—Es mejor que tome Sandy el volante —comentó Brahms—. Si le ven los de tráfico se desmayarán del susto. Dile que se detenga.

El robot volvió á cambiar su puesto y se sentó.

Saxon explicó entonces a su jefe todo lo ocurrido en la fantástica nave de Dahr-ak, para terminar diciendo:

—Y ésa es la nueva orientación. A cambio de la energía eléctrica que necesitan, nos obsequian con algo formidable. Estoy seguro de que en las Naciones Unidas se sentirán muy satisfechos.

—¡Hum! —exclamó Brahms—. Yo no lo estaría tanto.

—¿Por qué no? ¡«Rippi» es un portento! ¡En poco tiempo, podremos tener millares de robots como él, sin ningún esfuerzo…!

—¿Y el material que se necesita para construirlos?

—¿Y crees que el gobierno no lo facilitará con gusto?

—¿Además de tener que facilitar a esos «traga vatios» toda la electricidad que podamos producir?

—Temo, Arthur, que te he adelantado mucho en inteligencia en estos días. ¿Cuántos he estado ausente?

—Quince días. Te imaginábamos en los estómagos de los pececillos —habló Tony Young.

—Siento defraudarte. ¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos a ver al Primer Ministro?

—No. Hay un comisionado del gobierno al frente de este asunto. Mr. Hawkins todavía sigue siendo un personaje importante. En las Naciones Unidas hay un debate fenomenal. Países como España e Italia, grandes productores de energía eléctrica, han puesto el grito en el cielo y piden que se extermine a los invasores. Dudo que estén de acuerdo, a pesar de los esfuerzos de los delegados de los grandes países.

»Pero Dahr-ak ya está dejando sin electricidad por su cuenta y riesgo, a muchas centrales. La rebelión mundial está a punto de iniciarse. ¡Y ahora vienes tú con este monstruo! ¡Lo que nos faltaba!

—Lo tengo todo planeado, Arthur — dijo Saxon—. Se trata de crear un organismo internacional para el control de producción de la energía eléctrica, a cuyo frente habrá una comisión de científicos internacionales, como el profesor Woldering.

»Dahr-ak está de acuerdo en que reservemos una parte de la energía eléctrica para nosotros. La mayor parte, no obstante, se la llevarán ellos.

»Al mismo tiempo, se incrementará considerablemente la producción, utilizando todos nuestros recursos. Los «ceks» nos ayudarán en esta tarea.

—No sigas, Sax. Iremos a ver al ministro de Energía Eléctrica.

—¿Se ha creado un ministerio nuevo?

—Sí, por supuesto. Ya existe en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, la Unión Soviética y en otros muchos países. Se les está escapando la energía, sin saber cómo, y cunde la alarma.

Efectivamente, en cuanto llegaron a Londres, Sandy Muir llevó

la furgoneta hacia la City, deteniéndose cerca de Whitehall, donde una multitud enfurecida interrumpía el tráfico y trataba de romper un ingente cordón de policía.

—¡No podemos pasar! —exclamó Sandy—. Y si nos metemos en medio de ese conflicto, nos volcarán el vehículo.

—¡Sacaré a «Rippi»! —exclamó Saxon—. Irá delante de nosotros. Estoy seguro que más de uno perderá el resuello al verle.

Arthur Brahms aprobó la idea.

Efectivamente, obedeciendo las órdenes de Saxon, el «ceks» descendió de la furgoneta y se situó delante de ella, caminando hacia el gentío. El efecto que causó entre los manifestantes fue indescriptible. Mucha gente salió huyendo y despejó el terreno. Pero unos cuantos de jóvenes reaccionaron y, envalentonados, trataron de rodear al robot para detenerle, tomándole por un juguete dirigido desde la furgoneta.

A través de la ventanilla abierta, Saxon gritó:

—¡Adelante, «Rippi»! ¡Apártalos!

Operadores de televisión y reporteros gráficos tomaron vistas de aquel encuentro entre «Rippi» y los jóvenes, quienes trataron de derribar, al objeto metálico, pero sin conseguirlo. El «ceks» empujaba a derecha e izquierda con fuerza increíble, rechazando a sus atacantes, a los que lanzaba, sin daño, a considerable distancia.

También la policía trató de interceptar al robot, aunque Arthur Brahms gritó:

—¡Déjennos pasar! ¡Somos funcionarios del gobierno!

Varios coches de policía se situaron delante de «Rippi» y numerosos agentes se agarraron del brazo, para formar una barrera delante del ingenio electrónico. Pero de nada sirvió, porque el robot lo arrolló todo, aunque sin causar más daño que contusiones de escasa gravedad.

La algarada adquirió entonces proporciones descomunales. Mucha gente arremetió contra «Rippi», al que arrojaron toda clase de objetos, así como a la furgoneta en la que iban los agentes del «S.C.C.».

Pero ocurrió algo extraño.

De pronto, el «ceks» se detuvo, hubo un movimiento con sus manos sobre la cerrada puerta de su vientre y la abrió. Algunos de los objetos que le arrojaban, fueron recogidos por «Rippi», estrujados con sus poderosas manos articuladas, ¡e introducidos en su interior!

Así, atónito, Saxon pudo ver que se apoderaba de una barra de hierro, que dobló como si fuera de goma. Recogió también, con una

inclinación rápida, una cadena de bicicleta que alguien arrojo al suelo, un bolso de piel, con adornos metálicos, y los restos de un paraguas destrozado. De aquellos objetos, el «ceks» devolvió después una pasta negra e inservible, que estaba compuesta de los desperdicios de los objetos recogidos.

— ¡Ya se está reproduciendo! —exclamó Saxon—. Y no hay modo de contenerle.

Sin embargo, la furgoneta había quedado sin cristales y el público amenazaba con volcarla. Los agentes tuvieron que salir a luchar al exterior.

CAPÍTULO IX

Por todas partes del mundo se elevaban voces de protestas

— ¡No queremos ser esclavos de «ellos»!

Éste era el clamor general. «Ellos» eran los seres devoradores de energía eléctrica, que exigían toda la producción mundial durante incontables generaciones. Y los medios de información alentaban aquella protesta general que, en el fondo, promovía la industria, amenazada de colapso total.

Millones de obreros habían quedado sin trabajo y sobre estas masas inquietantes se cernían los agitadores profesionales, incitándoles a la rebelión.

«— ¡Muerte antes que sumisión! ¡Unámonos contra el invasor! ¡Que se nos hable claro! ¿Quiénes son? ¿Dónde están?»

En la Asamblea General de las Naciones Unidas, los debates tenían un acaloramiento impresionante. De poco o nada habían valido las exhibiciones «lumínicas» de Jill O'Leary, figura mundialmente conocida a través de la pantalla y la televisión, que ahora fue exhibida en estado fosforescente, para que la pudieran contemplar millones de espectadores en los aparatos de todo el orbe.

Habían delegados que pedían la sumisión antes del exterminio. Otros solicitaban el exterminio antes que la sumisión. La mayor parte no sabía qué pedir, pero estaba de acuerdo con los Estados Unidos. Otros estaban de acuerdo con España e Italia.

«— ¡La energía eléctrica es nuestra! ¡Sólo entregaremos nuestros excedentes! ¡Movilización mundial!

Sin embargo, varias potencias se habían puesto ya de acuerdo y decidieron colaborar con Dahr-ak. Estos países habían accedido por conveniencia, exigiendo empréstitos enormes para dedicarse a la expansión industrial y producir energía eléctrica.

Jill O'Leary, que había convencido a muchos jefes de gobierno, «obligándoles» a aceptar las condiciones de Dahr-ak, sabía que, poco a poco, se irían inclinando todos a su favor.

En los Estados Unidos, por ejemplo, al quedar paralizada la gran mayoría de la industria, el gobierno realizó un plan de urgente reajuste laboral, y en menos de dos semanas, casi toda la mano de obra estaba produciendo material para la construcción de centrales termonucleares. Se aceleró la producción en todos los terrenos, y hasta el ejército fue obligado a colaborar en aquella colosal

campaña de reajuste industrial.

Por suerte, obraron con habilidad para que la producción de alimentos no cesara, dándose prioridad a esta rama de la industria privada. Todo lo demás fue paralizado, permitiéndose trabajar sólo a aquello que no necesitaba energía eléctrica.

En Inglaterra las cosas no fueron tan bien. Dahr-ak, haciendo honor a su promesa, dejó muy poca electricidad para el consumo nacional, mientras que sus misteriosos condensadores, que aparecieron de la noche a la mañana por muchos lugares, se fueron apoderando de la energía.

Y como las fuerzas de orden público eran incapaces de mantener a las muchedumbres enfurecidas, tuvieron que movilizar también al ejército, para imponer, mientras se llevaban a efecto los cambios industriales y técnicos propios de la nueva v desesperada situación.

Sin embargo, pronto empezaron a verse «ceks» en distintos lugares, porque el «Rippi» de Saxon se reprodujo a sí mismo veinticuatro horas después de su llegada a Londres, cuando Saxon y un grupo de funcionarios del gobierno lo llevaron a un almacén de material electrónico.

Por orden del Ministro de Energía Eléctrica, un grupo de técnicos acompañó a Saxon, a fin de tornar nota exacta de las necesidades metálicas del robot.

Llegaron en varios vehículos, escoltados por la policía y descendieron a la factoría, cuyos departamentos se hallaban vacíos a causa de la huelga.

Algunos ingenieros fueron puestos al corriente de la experiencia que se iba a realizar. Y, además de filmarlo, se anotó y comprobó todo lo que «Rippi», una vez se le dio la orden de reproducirse, iba tomando de aquí y allá, en el inmenso almacén.

Se comprobó, no sin sorpresa, que el «ceks» tomaba indiscriminadamente objetos metálicos, cristales, piezas de porcelana aislante y grandes cantidades de hierro. Parecía imposible que todo cuanto recogía pudiera caber dentro de él. En realidad, el «ceks» deformaba las cosas antes de «ingerirlas» por la trampilla que tenía en el vientre.

Saxon observó unos poderosos engranajes de «admisión», girando dentro del cuerpo mecánico. Y lo asombroso fue que un ingeniero le puso al alcance de las manos un pedazo de acero templado, de durísima calidad, y el robot lo «ingirió» del mismo modo que los materiales blandos, ¡aunque disparando sobre el objeto unas partículas luminosas de gran intensidad, que parecían ablandar el acero!

Al cabo de una hora, «Rippi» ya no tomó nada más. Se situó en un terreno despejado y se quedó inmóvil unos minutos. Luego ocurrió el portento. Introdujo las puntas de sus dedos en el interior de la trampilla y empezó a sacar extrañas piezas metálicas, que fue uniendo con rapidez.

Lo primero que colocó en el suelo fueron las suelas de sus extraños pies articulados. A partir de ellas, ante el grupo de agentes e ingenieros, con sorprendente ligereza, el «ceks» sacaba piezas y más piezas y las iba montando con extraña precisión.

Toda aquella operación fue filmada por varias cámaras manejadas por operadores profesionales. Luego, comprobarían que no había servido de nada. Lo que hacía el «ceks» era algo que los hombres no podían realizar.

Lo desconcertante fue que, en menos de una hora, «Rippi» montó una réplica exacta de sí mismo... ¡Y el nuevo -aparato se puso en movimiento en cuanto Saxon le dijo que lo hiciera!

El asombro de los agentes del gobierno y los técnicos no concluyó allí. El nuevo robot empezó a ir tomando metales de un sitio y otro, ¡y se comprobó perfectamente que no eran los mismos, ni en las mismas cantidades, que había tomado «Rippi».

Pero cuando se le ordenó reproducirse, hizo una réplica exacta de sí mismo, ahora en presencia del impasible «Rippi» quien, cumplida su función reproductora, ya no aceptaba nada de cuanto le ofrecían para su «ingestión».

Mientras se reproducía el tercer «ceks», los técnicos y funcionarios del gobierno celebraron una reunión en torno a Saxon.

—Cada uno de estos tipos está capacitado para hacer una copia exacta y fiel de sí mismos — replicó Saxon —. No me pregunten cómo ni por qué. Lleva circuitos de reproducción y un complicado sistema de creación de piezas metálicas, y una vez hecha la copia que se le encomendó, ya sólo podemos esperar de él que haga lo que le mandemos.

—¿Qué lengua obedece? —preguntó un ingeniero—. ¿Me obedecerá si le hablo en francés?

—Sí, naturalmente. No creo que las palabras sean el inductor. Más bien creo que lo que capta son las ideas por medio de nuestros impulsos mentales.

»Sin embargo, piensen que si les ordenamos hacer algo y luego le damos contraorden, crearemos desconcierto en sus circuitos mentales, y lo que hagan será algo disparatado.

»Las instrucciones se han de pensar detenidamente. Luego, darle la orden de cumplirlas. Y el «ceks» lo realizará sin error.

Se verificaron numerosas pruebas y, efectivamente, «Rippi» obedecía fielmente a cualquier tipo de orden. Realizaba unos fantásticos dibujos, casi geométricos. Su hermano, al que se numeró con la sigla Uno, creado por «Rippi», también realizó simultáneamente los mismos trabajos y resultó todo de una exactitud milimétrica.

Mientras, los otros «ceks» se iban reproduciendo a sí mismos, y el número aumentó en un día. Se valoró el consumo de material y se calculó que cada «ceks» venía a costar, por término medio, poco menos de una libra esterlina.

Sin embargo, había algo extraño en aquellas reproducciones misteriosas. Los «ceks» no siempre «ingerían» idénticos materiales. Pero cuando procedían al «montaje» de su homónimo ¡todas las piezas que extraían eran exactamente iguales y de los mismos materiales que las empleadas por los anteriores «ceks»!

—¿Cómo es posible esto? -—preguntó un ingeniero —. El número seis ha ingerido más cantidad de plomo que los otros. En cambio, esas piezas y mecanismos no parecen ser de plomo.

—El «ceks» transmuta los metales, los regenera y los funde —explicó Saxon, que parecía tener una idea del misterio—. Lo que rechaza es lo inservible, la escoria, la materia que no necesita. Eso me hace pensar que los metales tienen una estrecha relación entre sí, y que nosotros no sabemos trabajarlos adecuadamente.

»Para un «ceks», plomo, hierro, cobre o bronce tiene el mismo uso. Dentro de su mecanismo, lo funde y moldea, ajusta y engrana, y luego lo extrae para montar a su compañero.

* * *

Los dos primeros «ceks» que salieron por vía aérea para los Estados Unidos y la Unión Soviética causaron asombro al llegar a su destino.

Londres parecía ser la casa madre de aquella empresa constructora de robots androides, y en pocas semanas, todas las naciones del mundo recibieron su correspondiente «ceks», con las instrucciones oportunas.

La forma cómo se reproducían causó extrañeza a muchos estadistas, que temieron una invasión de aquellos monstruos, por reproducción continua e ininterrumpida.

Pero no era así. Los «ceks» no se reproducían hasta no haberse «alimentado» de material metálico. Además, necesitaban la orden de reproducirse. Si ésta no se les daba, ellos no lo hacían.

Pero la energía eléctrica había desaparecido de las ciudades,

pueblos y centros industriales y los problemas que esto creaba no se solucionaban con facilidad.

Continuamente se daban instrucciones para estructurar el nuevo estado de cosas. Las huelgas y manifestaciones continuaban en todas partes. Había países que no querían colaborar, pero como la energía eléctrica desaparecía ya en sus fuentes de origen, absorbida por los extraños condensadores instalados en los tendidos, y protegidos por invisibles envolturas magnéticas, nadie podía hacer otra cosa que suspender la producción y parar las dinamos.

¡Manos invisibles, empero, volvían a poner las dinamos en marcha y se interceptaba el paso a los ingenieros encargados de las centrales!

Mientras todo aquello sucedía, Saxon recibió órdenes de Dahr-ak de trasladarse a los Estados Unidos. Al parecer, existía una conjura a gran escala para alzarse contra el gobierno constitucional, derrocarlo, y un grupo de altos generales hacerse cargo del poder y rebelarse contra la raza dominante que había impuesto tan onerosas condiciones.

Arthur obtuvo la información de aquel hecho sedicioso y se lo comunicó a Saxon. Éste habló con Dahr-ak y se informó ampliamente de todo.

Inmediatamente, partió para Washington.

Allí, le estaba esperando Jill O'Leary, quien se echó en sus brazos al verle. También fue la primera vez que Jill veía a «Rippi», aunque sabía que en los Estados Unidos se estaban reproduciendo ya robots como él.

«Rippi» acompañaba a Saxon como guardaespaldas.

—¡Oh, querido! ¡No puedes darte idea de lo preocupada que estaba por ti! — exclamó Jill.

—¿No te informó Dahr-ak de mi trato con él?

—No. Yo sólo sabía lo concerniente a los acuerdos que debían adoptar los representantes de las Naciones Unidas. Pero Brahms me informó de tu desaparición.

—¿Y qué haces en Washington?

—El Presidente Russell no quiere que me separe de su lado. Hay muchas dificultades en este inmenso país sin luz.

—¿No te utilizará de lámpara para trabajar de noche? — se burló Saxon.

—¡Apenas si brillo, Sax!,

—Eso está muy bien. Yo he ascendido. Soy asesor del Ministro de Energía Eléctrica del Reino Unido... ¡Ah, querida; no sé dónde iremos a parar con todo esto! Pero te aseguro que el mundo está

cambiando notablemente.

—No hace falta que me lo asegures —dijo ella, mientras caminaban hacia el automóvil que debía transportarles a la Casa Blanca.

Caminando detrás de ellos, antes el asombro de los agentes de seguridad, iba «Rippi», inflexible.

Una vez en el vehículo, con «Rippi» sentado junto al sobrecogido conductor, Saxon y Jill pudieron hablar de la misión que traía a él a los Estados Unidos.

—Dahr-ak me ha facilitado los nombres de los conjurados para sublevarse contra la democracia. Voy a facilitar al presidente esa lista y mañana todos estarán detenidos. Es el servicio de información más fácil que he realizado en mi vida. Dahr-ak lo sabe todo.

—Por supuesto. A mí me envió ayer un informe para instalar receptores de energía solar. Los técnicos están estudiando un método increíblemente sencillo para recoger electricidad de los rayos del sol.

»Se trata de unas placas onduladas, colocadas en el suelo y que se riegan cada dos horas con agua destilada y azufre. ¿Te lo explicas? Esas placas están conectadas unas con otras por medio de hilos de cobre. Cada cien placas alimentan un acumulador de plomo y zinc. Según Dahr-ak, de ese modo puede obtenerse una enorme cantidad de energía eléctrica virgen.

—¿Electricidad virgen? ¡No había oído eso jamás!

—Ni yo tampoco… ¡Pero menos había visto yo algo como eso! —Jill señaló la metálica espalda de «Rippi»—. ¿Para qué sirve?

—¡Ah, es extraordinario! «Rippi» es el padre de una gran familia que pronto invadirá pacíficamente el mundo. En Londres se están utilizando ya para acabar con las manifestaciones. Ayer se practicaron miles de detenciones. Los alborotadores son condenados a unos meses de trabajos forzados en las nuevas instalaciones termonucleares de energía eléctrica. Se van a construir unas cuantas.

»Todo lo demás está prácticamente paralizado. Pero hay luz para los hospitales y para las factorías de alimentación.

* * *

El presidente Russell recibió a Saxon y Jill en su despacho. Se encontraban reunidos con él algunos altos consejeros desde hacía varios días. Una vez hubo informado Saxon de la misión que le traía, y de la que el presidente estaba enterado sólo parcialmente, se

dieron las órdenes oportunas para la detención de los conjurados sediciosos, y aquella misma noche varios generales, senadores y personas influyentes fueron arrestadas e incomunicadas en sus propios domicilios.

Sin embargo, el presidente Russell quiso saber, por Saxon, cómo eran exactamente los seres llegados del cosmos.

—No creo que sean seres propiamente dichos, señor —respondió Saxon—. Aunque no me lo han explicado, porque aducen que no podemos comprenderlo, creo que se trata de energía pensante.

»Es como si una extraña energía, de gran potencia, se hubiera reunido, formando un ser que puede tener aspecto luminoso cuando se concentra en una pantalla multidimensional.

—Exactamente —añadió Jill.

Tanto el presidente como los consejeros escuchaban vivamente interesados.

—Tampoco creo que la nave en la que viajan sea como nosotros la concebimos o tenga algún parecido con una nave espacial. Es algo que puede transformarse, integrarse y desintegrarse. La energía de que está compuesta puede alterarla.

»Lo que hemos visto Jill y yo es muy insólito, pero material. Y creo que es algo creado para nosotros. Allí nos han «aclimatado» a su voltaje, para poder controlarnos.

—¿Qué impresión les ha causado Dahr-ak?

—Extraordinaria —confesó Saxon—. No importa cómo se presente. Uno cree estar viendo parásitos luminosos... Pero, al mismo tiempo, escucha ideas en la mente de un sentido humano y condescendiente. En verdad le digo, señor presidente, que tuve la sensación de estar dialogando con un amigo... ¡Incluso conmigo mismo!

—¡Eso mismo sentí yo! —añadió Jill—. Pero comprendí que yo no era capaz de replicarme como Dahr-ak lo hacía. Hay mucha humanidad en sus ideas.

—¿Incluso cuando amenazó con destruir la Tierra?

—Incluso en ese pensamiento — afirmó Saxon—. Usted mismo, señor, se encuentra en la incómoda postura de tener que arrestar a altos dignatarios, algunos amigos personales suyos, porque no están enterados de la realidad y tratan de complicar la situación con una revuelta que a nada conduciría.

»Es su deber actuar así. Sabe que será condescendiente con ellos y les perdonará. Dahr-ak actúa de modo parecido. Por encima de todo, necesita energía. No quiere permanecer aquí para siempre. Pero busca los medios de obtenerla, forzando las cosas. No nos

teme, sin duda. Pero tampoco nos quiere causar daño.

»Yo capté inmediatamente sus deseos de pactar. Nos hubiera dado cualquier cosa con tal de obtener energía eléctrica para salir del trance. Lo mejor para nosotros han sido los «ceks», máquinas para liberarnos del trabajo. ¿No es maravilloso eso, señor?

—Sí, pero de consecuencias muy complicadas. No sé si habremos de arrepentimos alguna vez el haber traído a esas máquinas.

—¡Poseemos su control! —dijo Saxon.

—Si es que no se nos escapa de las manos — replicó el presidente Russell—. Esos «robots» podrían resultar un arma de dos filos.

—Estoy seguro de que no, señor — dijo Saxon.

—Así lo espero... Ya veremos.

CAPÍTULO X

El profesor Woldering, acompañado por Sandy Muir, Tony Young y Harry Volksham, quien sustituía a Arthur Brahms, el cual había renunciado a su puesto y pedido la excedencia cuando Saxon Harrison fue nombrado Ministro de la Energía Mundial, penetraron en el nuevo despacho de Saxon.

«Rippi», inmóvil, se hallaba en la entrada. A una orden de Saxon, el robot abrió la puerta.

—¡Mi querido profesor Woldering! — exclamó Saxon, saliendo al encuentro del prestigioso técnico—. ¿Cómo está usted? ¿Y su muy digna y desconfiada ama de llaves?

—La señora Lund está muy bien, señor Ministro — replicó Wildering—. No sabe lo que me ha costado poder llegar hasta usted. De no haber sido por el señor Volksham, antiguo miembro del «Foreing Office», no lo habría conseguido.

—¡Con lo sencillo que es verme! —exclamó Saxon, sonriendo—. Sólo tenía usted que ir al Excelsior Bar. Todas las mañanas desayuno allí con los obreros del mercado... Pero siéntese, por favor... Hola, «sabueso» —Saxon sonrió a "Sandy y Tony—. ¿Cómo está Arthur?

—Sembrando hortalizas en Middlex. Es un excelente agricultor.

—Que no se haga ilusiones. Le llamaré en cuanto le necesite... ¡Y puede que hasta, para divertirme, le arroje de algún helicóptero en vuelo!

»Bueno, ¿quién es el primero?

—Venimos acompañando al profesor Woldering —dijo Volksham—. órdenes superiores.

—¡Caramba! ¿Los del «S.C.C.» sirviendo de escolta a los científicos? A eso le llamo yo caer bajo, muchachos.

—Nos falta el jefe — dijo Sandy con nostalgia, a la vez que miraba a Volksham con recelo.

Éste no se dio por aludido y expuso:

—El profesor Woldering y su grupo han descubierto algo importante relacionado con las tormentas.

—En efecto —dijo Woldering, sonriendo—. Hemos ultimado el estudio de que hablamos hace dos meses.

—¿De veras, profesor? ¿Qué resultado han obtenido?

—Positivo. Como ya sabes, la Tierra está rodeada de magnetismo y electricidad. Las grandes corrientes de aire producen

desplazamientos y embolsamientos de aire frío y caliente, que al mezclarse ocasionan las tormentas.

—Si eso lo sabe todo el mundo. ¿Qué más?

—Hemos estudiado la forma de aprovechar esas masas de electricidad atmosférica, utilizando aviones especiales provistos de ionizadores de gran tamaño. Los aparatos, según nuestros cálculos, pueden penetrar en los núcleos de las tormentas y absorber la energía eléctrica acumulada en las bolsas, antes de que se produzca la deflagración ígnea.

—¿De veras?

—Lo hemos experimentado. La energía eléctrica es recogida y acumulada en enormes baterías de cadmio-germanio. Pero tropezamos con un inconveniente. Se nos descargan antes de que el avión haya vuelto a su base.

—¡Hum! Entonces, no nos sirve de nada.

—Hemos pensado que Dahr-ak puede ayudarnos en eso.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Ellos podrían absorber esa energía antes de que el avión regrese. Tal vez, colocando en él uno de esos extraños condensadores magnéticos que emplean en los tendidos de alta tensión.

—No sé. Sin embargo, puedo consultar con Dahr-ak.

—Le agradeceríamos mucho que lo hiciera, señor Ministro —suplicó el profesor Woldering—. Si existe el modo de conservar esa energía, habremos dado un gran paso adelante en nuestro propósito.

Saxon entornó los ojos y concentró su mente en el punto de contacto que tenía establecido con Dahr-ak. Inmediatamente, las modulaciones sensoriales se percibieron, corno era habitual. El diálogo se estableció con facilidad.

—¿Has oído al profesor Woldering, Dahr-ak?

—Sí. Y estamos al corriente de lo que investiga su grupo. Pero nuestras computadoras no dan resultado alguno. Y eso nos preocupa.

—¿Por qué?

—Puede ser altamente peligroso para nosotros. Hemos comprobado la pérdida de enormes cantidades de energía que no podemos retener. Hay un fallo y no está en nuestros controles y dispositivos. Más bien creemos que nos encontramos con una energía eléctrica de distinto signo positivo al nuestro.

—Pero ¿cuántos signos existen?

—Varios. Conocidos, cuatro: dos positivos y dos negativos. Y

cada uno de estos signos posee polos opuestos. Si la computadora nos diera una explicación razonable, nos decidiríamos a utilizar la corriente atmosférica.

—Dice el profesor Woldering que podría obtenerse gran cantidad.

—Es posible. Pero existe un riesgo.

—¿Cuál?

—El de sufrir una descarga desorbitada, de signo opuesto al nuestro y… Bueno, ¡puedes imaginártelo!

—No imagino nada.

—¡Nos aniquilaría en una décima de segundo!

—No lo comprendo. ¿Por qué? ¿Estáis o no seguros de ello?

—¡No! Y por eso no nos atrevemos a efectuar la prueba.

—¡Vaya con nuestros inquietantes dominadores! Ahora resulta que no sois tan omnipotentes como parecía. ¿Qué es lo que ocurre?

—Al igual que existe materia y antimateria — replicó Dahr-ak —. Nosotros tenemos pruebas de que existe la energía y la antienergía. Eso, no se puede computar, es una realidad que ya se ha experimentado anteriormente con desastrosas consecuencias. Y cuando no hay computación, nosotros hemos de ser precavidos.

»En primer lugar, tenemos el enigmático hecho de la evasión de energía. Es pérdida por filtración. Energía positiva que cambia de signo y se «evapora». Nuestros acumuladores se agotaron rápidamente al penetrar en esta zona de interacción. El fenómeno se explicó, al principio, por exceso de consumo y defecto de carga. No había energía suficiente. Y nuestros impulsores consumen millones de megavatios.

»Ahora, hemos recuperado algo. Pero continuamos perdiendo. ¿Te das cuenta, Saxon? Utilizar las descargas electrostáticas de la atmósfera encierra un grave peligro. Si nos hemos equivocado y nos encontramos con una descarga de antienergía, de nosotros no volverá a saberse nada.

—Sería muy lamentable — replicó Saxon —. Pero ¿crees que no vale la pena correr el riesgo? Nos estáis sacrificando y el resultado no es esperanzador. ¿Qué crees que debemos pensar?

—Tú pensarás lo que a mí me convenga, Saxon. Somos aliados en este importante asunto. Dile al profesor Woldering que te facilite las fórmulas. Repásalas a solas y yo las iré comprobando. Si resultan satisfactorias tras el examen, podemos arriesgarnos a probar. Si no lo son, lo dejaremos.

—De acuerdo, Dahr-ak.

Saxon terminó su mudo diálogo con Dahr-ak, que sólo había

durado unos segundos, y miró a Woldering.

—Dahr-ak quiere conocer el estudio realizado por su equipo. ¿Ha traído usted las fórmulas?

El científico abrió la cartera y sacó un abultado «dossier».

—¡Aquí está!

—Bien. Déjemelo y ya le comunicaré el resultado.

* * *

—¿Sabes qué noto, Sax? —exclamó Jill, de pronto, apoyando su cabeza en el pecho desnudo de él.

—¿Qué, amor mío?

—Empiezo a sentirme libre otra vez. Hace días que trato de excitarme y no puedo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, como ausente, mirando hacia la ventana cerrada del dormitorio, a través de la cual, de vez en cuando, se veía el vivo resplandor de un relámpago.

—Que se me ha consumido la energía.

—Dahr-ak lo dijo. Volverás a ser una mujer normal. Las mujeres de los ministros mundiales no deben tener privilegios extraordinarios.

—¡No te burles! ¿En qué piensas?

—En Dahr-ak.

—¿Por qué?

—Ahora se están jugando la existencia y nosotros la libertad.

—¿Qué?

—No hables… Cuenta los minutos, como hago yo y espera.

—¿Por qué?

—Cuenta o bésame… Dije a Dahr-ak que deseaba disfrutar de intimidad para casarme contigo. Me lo prometió. Hicimos una tregua. La noche me pertenece. El día es de ambos.

—¿Qué quieres decir? No me habías hablado de esto antes, Sax.

—¡Ni a ti ni a nadie, amor! Uno se vuelve muy sagaz siendo Ministro Mundial de la Energía.

—¿No puedes hablar más claro?

—Temo que Dahr-ak pueda captar mis pensamientos.

—¿No acabas de decir que estando conmigo te deja tranquilo?

—Sí. Pero no me fío — replicó Saxon, atrayendo a Jill y besándola.

—No logro entenderte.

—Voy a correr un riesgo. Confío en que Dahr-ak esté demasiado ocupado para pensar en mí, o, al menos, que cumpla su pacto. La verdad es que en estos momentos se está realizando una prueba

importante, en la que interviene Dahr-ak y su equipo, conjuntamente con el avión de investigaciones electrostáticas de Woldering.

«Deliberadamente, cuando informé a Dahr-ak sobre el informe de Woldering, modifiqué ciertos signos.

—¿Por qué?

—¿No lo sospechas? Si la suerte me acompaña, podemos vernos libres de esta oscuridad mucho antes de lo que piensas.

—¿Has engañado a Dahr-ak?

—Bueno, tanto como eso… Sólo cambiar algunos signos. Uno aprende incluso a mentirse a sí mismo. Por algo me codeo con los principales gobernantes del planeta.

—¿Y qué puede ocurrir?

—Simplemente, que uno de esos rayos parta a Dahr-ak en mil pedazos y lo desintegre para toda la eternidad.

—¡Oh, Sax!

—Aunque, bien pensado, también puede aniquilarnos él a nosotros si sospecha algo.

—¡No podrás burlarte de él!

—¿No? Ya lo veremos. Hay algo en aquel informe que no dije a Dahr-ak.

—¿Sí?

—Primero lo leí yo, dentro de la cámara de plomo ionizado. Es el único lugar donde no puede leer mi mente. Memoricé el informe y tuve la sagaz y brillante idea de probar suerte, en beneficio de la humanidad. ¿Qué puede ocurrir, si me equivoco? ¿Que Dahr-ak pierda la confianza en mí?

—¿Y los millones de «ceks» que pueblan ya la tierra?

—Nos obedecen a nosotros, y no a él.

—¿Y si les induce a la rebelión?

—¡Si Dahr-ak está desintegrado por un rayo de antienergía, poco puede hacer contra nosotros! ¡Y presiento que algo de eso está a punto de ocurrir en el aire! ¿Qué hora es?

—Las doce y quince — dijo Jill, consultando el reloj de esfera luminosa.

—¡Ya está todo a punto!

En aquel preciso instante, Saxon percibió algo en su cerebro.

¡Era una llamada de Dahr-ak, a pesar de que habían pactado no comunicarse durante la noche!

—Saxon.

—¿Qué ocurre, Dahr-ak?

—Acabamos de abandonar nuestro refugio submarino. Pero

tengo una angustiosa duda, que no logro disipar.

—¡Recházala, no debes temer! ¡Yo me he jugado la vida numerosas veces y jamás pensé en la muerte!

—Vosotros no podéis compararos con nosotros. Si muere uno de nosotros, es como si murieran veinte humanidades juntas... ¡Me aterra la antienergía, Saxon!

—Aquí no tenemos esas cosas.

—Dentro de unos segundos voy a saberlo. Te he llamado para mantener el contacto establecido contigo. Si algo me ocurre, inmediatamente lo sabrás.

—¿Cómo?

—Si no cierro yo la comunicación y se cierra... ¡es que todo ha terminado!

—¿Para vosotros?

—¡Y para ti también, Saxon!

Saxon dio un terrible brinco en el lecho.

—¿Qué dices, Dahr-ak?

—Tú me has inducido a esta aventura.

—¡Era por ayudarte! ¡No tienes derecho a sacrificarme contigo, si existe error!

—¡Hay mucho miedo en tu mente! ¿Por qué tiemblas, Saxon?

—¡Tú sabes que no he podido engañarte! ¡Pero si tú desapareces, no veo necesidad de que yo también lo haga!

—Me haces gracia, Saxon. Tú me has animado a correr esta aventura... Aguarda un instante. Ya está. He conectado con la nave del profesor Woldering. La primera bolsa de electricidad que encontremos dirá la última palabra. Si la descarga es la temida, nos iremos juntos... ¡Yo hacia el infinito y tú hacia el manicomio o el cementerio, no hay alternativa! Si no lo es, te librarás pronto de nosotros, porque nos iremos antes de dos años...! ¿Qué haces, Saxon? ¿Qué palabras son ésas?

—¡Estoy rezando, Dahr-ak!

* * *

Hubo un intenso silencio después del apocalíptico trueno. En muchos kilómetros a la redonda se había visto un relámpago intensamente amarillo, que luego pasó a blanco.

Pareció como si la Tierra se recuperase, después de aquel fragoroso estampido, surgiendo lentamente del caos.

Y el silencio lo rompió Saxon de repente, abrazando a Jill, al par que exclamaba:

—¡Ya no están! ¡Han desaparecido!

Ella se estremeció de pies a cabeza.

—¿Se han ido?

—No… ¡Han sido fulminados por la antienergía! ¡Acaban de desaparecer! ¡Volvemos a ser libres!

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Es que no me sientes? ¿No me tocas? ¡Estoy aquí! ¡Ellos se han ido y yo me he quedado!

Jim comprendió al fin v se apretó con más fuerza a él.

—¡Sax!

—¡Dahr-ak ha dicho que me destruiría también!

Jill empezó a razonar.

—¿Cómo sabes que han sido aniquilados?

—Lo siento en mi mente… Ya no existen… No hay contacto… Aguarda… ¿No estaré volviéndome loco?

—¡No, Sax; eso sí que no!

La escena tenía lugar en la alcoba del matrimonio Harrison. Eran las doce y veinte minutos de la madrugada. Todo parecía haber muerto después de la fragorosa explosión que hizo estremecer el mundo.

Saxon se separó de Jill y reflexionó. Luego, se levantó de un salto y tomó la lámpara eléctrica que había sobre la mesita. Fue hacia la puerta, la abrió y salió de la alcoba.

Inmediatamente, Jill le siguió, tras ponerse una vaporosa bata.

Descendieron la escalera y penetraron en una estancia.

Allí estaba «Rippi», alumbrado por un farol de petróleo, construyendo un complicado aparato, por medio de pinzas, soldaduras y circuitos. Era tan normal como el día anterior.

—Él está aquí… No ha ocurrido nada… ¡Ni siquiera era un sueño, Jill! —exclamó Saxon.

—¿Por qué había de ser un sueño?

—Lo pensé. Aguarda… Hay algo que «Rippi» debe conocer.

Se acercó Saxon al robot y le dijo:

—«Rippi», ponte en pie.

El robot obedeció inmediatamente, dejando lo que estaba haciendo.

—Ahora, dirígete a la puerta y condúceme donde está Dahr-ak.

«Rippi» no se movió.

—¿No me comprendes? ¡Quiero ir donde está Dahr-ak!

El robot tampoco se movió.

—¿Por qué no obedeces, «Rippi»?

—¡No puede hacerlo! ¡Dahr-ak ha muerto! —gritó Jill.

FIN

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS
EN LA COLECCIÓN
ESPACIO

539. — EL ELEMENTO PERTURBADOR
540. — TERROR HIPNÓTICO
541. — VIAJES PROHIBIDOS
542. — «ARGHO»
543. — EL PACIFICADOR DE PLANETAS
544. — RAZA DOMINANTE